



Asamblea General

Quincuagésimo tercer período de sesiones

4^a sesión plenaria

Jueves 17 de septiembre de 1998, a las 10.00 horas

Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Operti (Uruguay)

Se abre la sesión a las 10.10 horas.

Tema 93 del programa

Desarrollo sostenible y cooperación económica internacional

d) Reanudación del diálogo sobre el fortalecimiento de la cooperación económica internacional para el desarrollo mediante la asociación

Diálogo de alto nivel sobre el tema de las repercusiones sociales y económicas de la internacionalización y la interdependencia, así como sus consecuencias en materia de política

El Presidente: Esta mañana la Asamblea General iniciará, en relación con el subtema d) del tema 93 del programa, “Reanudación del diálogo sobre el fortalecimiento de la cooperación económica internacional para el desarrollo mediante la asociación”, el diálogo de alto nivel de dos días de duración sobre el tema de las repercusiones sociales y económicas de la internacionalización y la interdependencia, así como sus consecuencias en materia de política, de conformidad con la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, celebrada el 15 de septiembre de 1998, y con arreglo a lo dispuesto en las resoluciones 50/122, de 20 de diciembre de 1995, y 52/186, de 18 de diciembre de 1997, así como en la decisión 52/480, de 4 de junio de 1998.

El tema central y las modalidades del diálogo se esbozan en los documentos A/52/832 y A/52/919.

En especial, los Estados Miembros consideraron que, a fin de estimular el interés a alto nivel y garantizar un diálogo interactivo, el mejor enfoque a seguir sería una combinación de sesiones plenarias, mesas redondas ministeriales y reuniones oficiosas de grupos.

Según lo convenido, conjuntamente con las sesiones plenarias del diálogo de alto nivel se celebrarán dos mesas redondas ministeriales y dos reuniones oficiosas de grupos.

Tras celebrar consultas, para la primera mesa redonda ministerial, dedicada a las respuestas nacionales a la internacionalización, tengo el placer de designar Presidente al Excmo. Sr. Helmut Schäfer, Ministro de Estado de Alemania, y de designar Relator al Excmo. Sr. Percy Metsing Mangoaela, Representante Permanente de Lesotho ante las Naciones Unidas.

Para la segunda mesa redonda ministerial, dedicada a las respuestas internacionales a la internacionalización, tengo el placer de designar Presidente al Excmo. Sr. Ali Alatas, Ministro de Relaciones Exteriores de Indonesia, y Relator al Excmo. Sr. Janis Priedkalns, Representante Permanente de Letonia ante las Naciones Unidas.

Como se indica en el documento A/52/832, cada uno de los relatores presentará a la Asamblea General un resu-

men de su informe en la sesión plenaria que se ha de celebrar mañana a las 17.00 horas.

En lo que respecta a las sesiones plenarias de la Asamblea General que tendrán lugar durante la celebración del diálogo de alto nivel, como se indica en el *Diario* de hoy, además de la sesión de esta mañana la Asamblea se reunirá esta tarde a las 16.00 horas y mañana a las 17.00 horas.

En cuanto a la duración de las declaraciones que se formulen en sesión plenaria, en la nota de información que se ha remitido a los Estados Miembros se ha sugerido que las declaraciones no excedan de siete minutos. A fin de que la Asamblea pueda escuchar a todos los oradores que ya se han inscrito en la lista, pido a los Estados Miembros que presten cooperación en este sentido.

El calendario de las dos mesas redondas ministeriales y las dos reuniones oficiosas de grupos también figura en el *Diario* de hoy.

Declaración del Presidente

El Presidente: La Asamblea General va a examinar hoy una cuestión presente en las mentes de los dirigentes y encargados de formular políticas del mundo entero. Los acontecimientos recientes han mostrado que la mundialización y sus consecuencias afectan a todos los países. Las fuerzas de la integración mundial y las maneras en que las tratamos o dejamos de tratarlas afectarán el futuro del mundo en el siglo XXI. Esta Asamblea, que es una especie de parlamento mundial, tiene una responsabilidad especial en incluir a todos y universalizar el diálogo internacional sobre esta cuestión crítica.

Todos los días nos llegan noticias preocupantes acerca de la situación por la que atraviesan los distintos mercados financieros. La inestabilidad de los mercados de valores expresa al interior mismo de los países los alcances concretos y dramáticamente tangibles de una crisis producida por la concurrencia de múltiples factores, algunos domésticos, propios de cada Estado, y otros ajenos a estos. Algunos de esos factores nacen en decisiones de las autoridades responsables; otros dicen relación con la propia acción de los operadores del mercado, no sujetos en la mayoría de los casos a ciertas reglas de prudencia de general aplicación.

La mundialización del mercado, cuyos logros en el mejoramiento de la economía a escala global parecen indubitables, muestra, sin embargo, que no ha podido

impedir fenómenos negativos, localizados algunos de ellos, aunque en casi todos los casos con efectos y alcances extraterritoriales de mayor o menor dimensión, pero siempre significativos.

Bastaría con evocar aquí el llamado efecto tequila o la crisis del Asia sudoriental y, para el primer caso, recordar que obligó a una participación directa de fondos de ayuda de organismos internacionales de crédito, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, sin perjuicio de las prestaciones a cargo de países solidarios. En cuanto al caso del sudeste asiático, diagnosticado inicialmente como una crisis de corta duración, la recuperación no se ha producido, y lo que comenzara como un problema nacional se convirtió luego en regional, para alcanzar finalmente dimensiones internacionales cuyos efectos y hasta su propio fin resulta todavía difícil predecir.

Naturalmente, la crisis no se constriñe exclusivamente a los mercados financieros, sino que avanza sobre la economía en su conjunto, influye negativamente sobre los flujos de inversiones, presiona sobre las reservas de los bancos, retrae el comercio, produce desocupación, trae aparejados los problemas sociales consiguientes e influye, con mayor o menor intensidad, sobre el decurso político de los Estados afectados. Las economías de Estados de la mayor importancia en el ámbito mundial no han podido substraerse a este efecto expansivo, o de contagio, como suele decirse. Este dato resulta en cierto modo lógico y previsible en un mundo en el que el mercado se ha transformado en un escenario no sujeto a otros límites que los de la libre competencia y la irrestricta circulación de bienes y valores, que se han constituido en los paradigmas o modelos imperantes.

Si a lo que venimos de expresar se agrega que en muchos casos los países afectados venían practicando con gran esfuerzo políticas de ajuste antiinflationarias, la solución a este problema financiero y económico no podrá alcanzarse con el esfuerzo aislado de las economías concernidas. Así se ha puesto de manifiesto en las recientes medidas adoptadas por el Grupo de los Siete y en las medidas dispuestas por el Gobierno de los Estados Unidos en orden a prestar su cooperación financiera. Así también, alineado con la posición de los Ministros de Hacienda de la región reunidos en Washington dos semanas atrás, el Grupo de Río, en su última Cumbre, celebrada en Panamá, concentró su atención en este asunto y convocó a una expresa respuesta de los organismos responsables.

Hasta el presente asistimos a respuestas espontáneas o institucionales de grupos ad hoc de países o de tales organismos, respectivamente, y de cada uno en la medida de sus propias posibilidades.

En todo caso, ha quedado en evidencia que el sistema financiero internacional no ha podido prevenir la actual situación de crisis; que los mecanismos de cooperación internacional de las Naciones Unidas, y los demás, no han podido actuar con total eficacia sobre las causas del problema, y que, en definitiva, el diseño institucional de Bretton Woods se ha mostrado insuficiente para lidiar con estos efectos negativos, no intencionalmente ocasionados por la globalización o mundialización, pero íntimamente asociados a ésta.

De lo que se trata, pues, es de no llorar sobre la leche derramada o, más grave todavía, confiar en las solas fuerzas de cada uno y actuar en solitario. A nuestro juicio, no se trata de discutir la mundialización en términos de hipótesis o de doctrina. Quizás ello pueda ser interesante para nuclear debates académicos, siempre bienvenidos. Pero lo que está claro es que no nos ayudaría suficientemente en este momento en que nuestro desafío es imaginar y adoptar medidas concertadas con base en principios de ordenamiento y cooperación más necesarios que nunca.

Por ello, es muy oportuno este diálogo. De él podrán surgir nuevas ideas acerca de los programas de las Naciones Unidas —el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y otros organismos, como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, el Fondo de Población de las Naciones Unidas, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, u otros—, así como de la necesidad de prestarles atención y recursos para incidir en la creación y profundización del llamado “medio internacional facilitador”, al que las Naciones Unidas han asignado particular importancia, hoy día con alcances aún mayores que los que otrora lo caracterizaran y en el marco de los principios de universalidad y elegibilidad, esto es, el derecho de todos los países en desarrollo, sin excepciones, a ser receptores de cooperación internacional. De este diálogo, también, podrán surgir sugerencias y hasta recomendaciones para el encaminamiento de las futuras acciones de la organización en este campo. Pero acaso lo más importante resida en la necesidad de articular nuevos mecanismos institucionales, capaces de prevenir y, en su caso, disuadir mediante eficaces medios de monitoreo y evaluación de las operaciones “*cross border*”, que a medida que se tornan más sofisticadas e intensas requieren, al igual que el tráfico urbano de vehículos, de nuevas señalizaciones y semáforos de alerta o señales, y hasta en algunos casos extremos, de “*stop*”, como lo ha

señalado con acierto un distinguido analista internacional. La disciplina fiscal y monetaria de los países no será suficiente para conjurar situaciones como las que hoy padece la economía internacional.

Habría, pues, que pensar aquellos ajustes que sean necesarios en los esquemas institucionales de la posguerra, y en esta tarea no podrían estar ausentes las Naciones Unidas, con la participación activa de todos sus Estados Miembros. Su fuero de atracción, su universalidad y su responsabilidad en el proceso de ordenamiento de las relaciones internacionales, políticas, económicas y sociales las convocan para esta tarea. Naturalmente, por cierto, esta necesidad de hallar nuevos patrones o pautas, así como mejores instrumentos para el funcionamiento del sistema financiero internacional, no difiere, en esencia, de la inspiración reformista y actualizadora que ha dado aliento al actual ejercicio de revisión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Hago votos para que, al concluir esta reunión, cada uno de sus participantes sienta que somos capaces, entre todos, de resolver con lucidez los problemas de la dinámica que los hechos nos imponen, y esto sin sacrificar los principios y valores básicos de nuestra Organización.

A continuación daré la palabra con todo gusto a la Vicesecretaria General, Sra. Louise Fréchette.

La Vicesecretaria General (*interpretación del inglés*):
Doy a todos la bienvenida a este período de sesiones excepcionalmente oportuno.

Hace menos de dos años, cuando se formuló por primera vez la idea de convocar esta reunión, abrigábamos mucho más optimismo que ahora en cuanto a las perspectivas de la economía mundial. Había señales de mejoría incluso en países que habían experimentado dificultades.

Desde entonces el giro descendente que ha tenido lugar en Asia ha desencadenado una crisis económica trascendental con consecuencias sociales devastadoras. Algunas de las economías de mayor éxito han caído súbitamente en una crisis.

Esto nos ha tomado por sorpresa a todos los que integramos la comunidad internacional y, al parecer, no estamos bien equipados para hacer frente a las consecuencias.

La verdad llana es que los mercados mundiales, al igual que los nacionales, pueden fracasar. Por supuesto, es menester que las autoridades nacionales, y mucho más las

de los países en desarrollo, tomen medidas para corregir el fracaso de los mercados. Pero el éxito de esas medidas en cuanto a superar la crisis dependerá, y de manera crítica, de las medidas que tomen las principales Potencias económicas del mundo. Y esas Potencias no pueden permitirse desconocer lo que está sucediendo en los países en desarrollo. Hoy día los acontecimientos que tienen lugar en los lugares más pobres del mundo ejercen una influencia cada vez mayor incluso sobre las economías más importantes. La causalidad se desplaza en ambas direcciones. Por consiguiente, el interés propio de ambas partes exige respuestas de carácter cooperativo para hacer frente a las amenazas que ahora afrontamos todos.

En esta coyuntura crítica, las tareas más urgentes son restablecer la confianza de los mercados, estabilizar los mercados financieros, apoyar el crecimiento, dotar a las instituciones financieras internacionales de los medios que necesitan y, por último, aunque no por ello menos importante, brindar inmediatamente protección a los más vulnerables. Instamos a los gobiernos a que den una respuesta que esté a la altura de este problema. Los problemas que estamos afrontando ya no son de carácter nacional, ni regional, sino mundial. El hecho de que el Presidente Clinton lo haya reconocido en su declaración del lunes constituye un importante avance.

No obstante, si bien la gestión de la crisis es crucial, no basta. El reto más fundamental que afrontamos es el de vincularnos con las nuevas realidades de un mundo cada vez más interdependiente. La economía mundial ha entrado en aguas inexploradas, y el temor y la ansiedad respecto de su derrotero futuro cunden cada vez más. En un clima tan incierto algunas personas tienen la tentación de ver la mundialización como la causa raigal de la crisis y la inseguridad, o incluso como la encarnación del mal económico y social.

La realidad es más compleja. La mundialización ha aportado beneficios en la misma medida en que ha engendrado nuevos riesgos. La gran inestabilidad de las corrientes de capital a corto plazo no significa que otros tipos de corrientes de capital, tales como las inversiones extranjeras directas, se comporten de manera similar o tengan las mismas repercusiones a nivel económico. Por el contrario, las corrientes de capital más libres han estimulado en gran medida el crecimiento en muchos países. Sí, la tecnología puede constituir una amenaza para las culturas establecidas, pero sin ella no puede haber crecimiento ni desarrollo.

Nuestra capacidad de superar esta crisis depende esencialmente de que los mercados permanezcan abiertos,

y la capacidad de superarla de los países en desarrollo depende sobre todo de que los mercados se mantengan abiertos en el mundo industrializado. Por consiguiente, la verdadera interrogante que afrontamos hoy no es si aceptar o rechazar la mundialización. Las interrogantes son, primero, ¿cómo podemos conservar y aprovechar las fuerzas generadoras de crecimiento de los mercados y a la vez reducir los efectos destructivos de la gran inestabilidad? y, segundo, ¿cómo podemos hacer llegar los beneficios de la mundialización a los grupos y las personas que actualmente quedan a la zaga?

No podemos predecir el futuro, pero podemos aprender del pasado. El carácter mundial del alcance de las fuerzas de mercado es cada vez mayor. En algunas zonas, la integración del mercado ha avanzado a un ritmo acelerado. Sin embargo, aún no hemos creado instituciones capaces de lidiar con los problemas que la mundialización entraña, ni tampoco hemos logrado proporcionar en una medida adecuada verdaderas oportunidades a los países y pueblos que corren el riesgo de quedar marginados.

Si bien los mercados y los problemas conexos han adquirido un carácter mundial, el alcance de los gobiernos que se esfuerzan por hacerles frente sigue teniendo un carácter local. Esa incongruencia sigue siendo la causa principal de muchos problemas que estamos afrontando actualmente. Para que los mercados nacionales alcancen el máximo de sus posibilidades y para que sus efectos negativos se detengan, deben estar apuntalados por valores comunes que reflejen aspiraciones más amplias de la sociedad, con leyes claras y equitativas que una autoridad pública eficaz haga cumplir. Todos podemos convenir a este respecto.

Pero, conforme los mercados adquieren un carácter mundial, es cada vez más imperioso que las normas también adquieran ese carácter. La creación de un sistema de comercio internacional basado en normas ha sido uno de los mayores logros de los últimos 50 años y, en general, se reconoce que ello ha beneficiado tanto a los países industrializados como a los países en desarrollo. Esto debe recordarnos que la cooperación multilateral, la existencia de normas mundiales adecuadas y la existencia de condiciones parejas que protejan a los débiles contra los fuertes son requisitos previos necesarios para la difusión de los beneficios y la reducción de los riesgos. Debemos aprovechar esta experiencia al buscar respuestas nuevas a problemas nuevos.

Aquí, en las Naciones Unidas, como en todas partes, está ahora en marcha un importante proceso dirigido a

replantear lo que ha dado en llamarse la “arquitectura” del sistema internacional de cooperación económica.

Hace más de 50 años, los líderes del mundo se reunieron en Bretton Woods y en San Francisco con el objeto de crear nuevas instituciones para el mundo de la post-guerra. Si desde entonces esas instituciones han sido la base de la cooperación internacional, ha sido porque sus fundadores no temieron afrontar los riesgos ni desafiar las ideas convencionales. Nuestra generación debe ser igualmente audaz y creativa para adaptar dichas instituciones a las realidades de hoy, y debemos encontrar respuestas que reflejen un consenso amplio de toda la comunidad internacional. Sólo las instituciones que gocen de un apoyo generalizado y sólido podrán crear eficazmente las condiciones necesarias para un crecimiento equitativo y estable en todas partes del mundo.

Los mercados abiertos y de buen funcionamiento no son un fin en sí mismo. Son una herramienta en manos de la sociedad, un instrumento para conseguir una finalidad mayor. Los sistemas y las normas que elaboremos deben facilitar, y no entorpecer, el logro de objetivos más elevados. En última instancia, el éxito y la sostenibilidad de los sistemas basados en el mercado no se medirá por las ganancias que obtengan algunos en el mercado de valores. Su éxito o su fracaso dependerá de la medida en que permitan hacer realidad lo que se promete en la Carta: el progreso social, mejores niveles de vida y una auténtica libertad para toda la humanidad.

En efecto, uno de los aspectos más trágicos de la crisis actual es que los más afectados han sido los grupos más vulnerables, tanto a nivel de país como a nivel mundial. Sólo en Indonesia, según un estudio reciente de la Organización Internacional del Trabajo, cada día 15.000 trabajadores pierden su puesto de trabajo. Los países menos adelantados de Asia están encarando drásticas reducciones en las muy necesarias corrientes de inversión provenientes de otros países asiáticos. Los exportadores de productos básicos de América Latina y África están luchando contra la caída de los precios. En general, los países que ahora corren el mayor riesgo son aquellos en los que la recuperación económica emprendida es más frágil.

La crisis de cada país tiene sus rasgos característicos y sus propias causas. Cada país tiene que hacer frente a sus propios problemas y deficiencias. Mucho puede y debe hacerse a nivel nacional. La reforma institucional, el aumento de la transparencia y de la rendición de cuentas y el imperio del derecho son indispensables para que los mercados puedan desarrollar su potencial de generación del

crecimiento. Indudablemente, debe otorgarse prioridad a la reducción de la pobreza, no sólo como un fin en sí mismo sino porque al mejorar los niveles de salud y educación de los más pobres se los ayuda a convertirse en ciudadanos autónomos y productivos. Esos esfuerzos a nivel nacional son fundamentales, pero aún con las mejores políticas del mundo muchos países en desarrollo no podrán aumentar el bienestar de su población si no reciben en forma sostenida una mayor asistencia de la comunidad internacional.

El Secretario General ha instado reiteradamente a adoptar medidas más vigorosas con respecto a la deuda, a fin de liberar a los países más endeudados de una carga que, simplemente, no pueden llevar. La asistencia oficial para el desarrollo seguirá siendo, especialmente para los países más pobres, un componente indispensable de su estrategia de desarrollo. Tanto el nivel como el carácter de la asistencia oficial para el desarrollo deben mejorar. Todos los asociados en el desarrollo —los países receptores, las instituciones multilaterales, los donantes bilaterales y las organizaciones no gubernamentales— deben preguntarse qué forma debe adoptar la asistencia internacional y dónde deben concentrarse los esfuerzos en esta nueva era de la mundialización.

Teniendo en cuenta que más de 1.000 millones de personas viven en la miseria y que la brecha entre los ricos y los pobres se ensancha cada día, tanto dentro de las naciones como entre ellas, la comunidad internacional no puede permitirse esperar. Este es quizás el reto más importante que encaramos ahora que nos acercamos al nuevo milenio. Las Naciones Unidas tienen el deber de enfrentarlo resueltamente, con visión y decisión. Podemos cambiar las cosas. Estoy convencida de ello, y las deliberaciones que ha de celebrar la Asamblea en los próximos dos días nos permitirán orientar debidamente nuestra labor. Le deseo a la Asamblea un período de sesiones muy productivo.

El Presidente: Agradezco a la Vicesecretaria General su declaración.

Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Indonesia, Excmo. Sr. Ali Alatas.

Sr. Alatas (Indonesia) (interpretación del inglés): Sr. Presidente: Es para mí un gran placer, en mi calidad de Presidente del Grupo de los 77 y China, presentarle mis sinceras felicitaciones por haber sido elegido para presidir la Asamblea General durante su quincuagésimo tercer período de sesiones. Estoy seguro de que, bajo su competente dirección, este período de sesiones de la

Asamblea General y este diálogo de alto nivel se verán coronados por el éxito.

Permítaseme también expresar nuestro reconocimiento a la Vicesecretaria General por honrarnos con su presencia y su participación.

Nos reunimos en momentos en que el auge de la mundialización, generado por los cambios tecnológicos, y la rápida liberalización del comercio y de las inversiones están cambiando los procesos económicos en todo el mundo. Desgraciadamente, la promesa de la mundialización de producir una mayor prosperidad y beneficios generalizados para toda la humanidad se ve cada vez más ensombrecida por incertidumbres y por el hecho de que las economías vulnerables se ven expuestas a los riesgos de la devastación. La convocación de este diálogo es, pues, tanto oportuna como fundamental.

No podemos permitirnos pasar por alto los formidables retos y consecuencias de la mundialización, como tampoco sus repercusiones económicas y sociales. Debemos encarar estos retos, y, al hacerlo, sería conveniente que nos guiáramos por las resoluciones de la Asamblea General relativas a la reanudación del diálogo sobre el fortalecimiento de la cooperación económica internacional para el desarrollo mediante la asociación. Esto significa que el diálogo debe basarse en intereses y beneficios mutuos y en responsabilidades compartidas equitativamente, elementos que constituyen la esencia de una verdadera asociación en una genuina interdependencia.

Hace ya cinco decenios que tanto las Naciones Unidas como el Grupo de los 77 y China se vienen dedicando a promover el desarrollo y a luchar contra el problema de la pobreza. Durante todo este tiempo, la causa del desarrollo ha avanzado gracias a la cooperación multilateral, con la importante asistencia de las Naciones Unidas y sus organismos. Debido al carácter casi universal de su composición, que les otorga un alcance mundial, y debido al carácter polifacético de su mandato, que les permite dedicarse a una amplia gama de actividades, las Naciones Unidas han sido especialmente eficaces en la promoción de la cooperación internacional para el desarrollo, en la mitigación de la pobreza y en la labor en pro del mejoramiento general de la condición humana.

También han tenido éxito en la ampliación del concepto del desarrollo en sí, convirtiéndolo básicamente en un proceso dirigido a mejorar la calidad de vida de todos los pueblos y, como tal, más pertinente a los problemas de nuestros tiempos. En efecto, el mensaje común de todas las

principales conferencias y cumbres de las Naciones Unidas de principios del decenio de 1990 fue que el desarrollo, para poder tener algún significado, debe centrarse en el ser humano y debe ser impulsado por el ser humano. Además, sus dimensiones económica, social y ecológica deben integrarse entre sí de tal manera que ninguna de ellas pueda ser sacrificada en aras de ninguna de las otras. Sobre la base de este concepto, la comunidad internacional negoció y aprobó un programa de desarrollo, que volvió a colocar los elementos principales del desarrollo en el meollo mismo de las actividades de las Naciones Unidas. Sobre esa misma base, estamos esforzándonos por revitalizar las Naciones Unidas en las esferas económica y social, a fin de que sigan siendo un instrumento esencial y eficaz en la cooperación internacional para el desarrollo conforme nos vamos adentrando en el nuevo milenio.

Sin embargo, a pesar de estas medidas constructivas y a pesar del nuevo consenso acerca del desarrollo y de la reorientación de la cooperación internacional, en los últimos años no se ha avanzado sustancialmente en la causa del desarrollo. Aún hay cientos de millones de seres humanos que languidecen en la pobreza en el mundo en desarrollo. Los intereses básicos de los países en desarrollo quedan cada vez más marginalizados, especialmente en las esferas elementales del desarrollo, como el acceso al comercio, las corrientes financieras y las transferencias de tecnologías, puesto que los programas y los objetivos de las economías poderosas siguen dominando la adopción de decisiones en materia de economía en el plano internacional. Se ha sustituido el concepto de desarrollo como una parte especial de un sistema de apoyo multilateral por un criterio de no intervención en lo que concierne a la mundialización de la economía.

La mundialización ha abierto un sinfín de oportunidades para crear riqueza, pero sus beneficios, al parecer, están destinados a las economías más fuertes, a las que están mejor equipadas para aprovechar las oportunidades. Por otra parte, podría atacar ferozmente a las economías en desarrollo vulnerables. Aun las economías en desarrollo más dinámicas, las que han logrado integrarse en la economía mundial mediante la aplicación de políticas macroeconómicas bien elaboradas y dolorosos ajustes estructurales, han perdido en unas pocas semanas las ganancias del desarrollo obtenidas durante decenios.

Si continúa esta tendencia, la mundialización ampliará aún más la brecha económica entre los países desarrollados y los países en desarrollo, entre los que tienen y los que no tienen, empobreciendo aún más a los pobres. Por ejemplo, el mundo en desarrollo pierde enormes sumas de divisas

extranjeras todos los años debido a las pérdidas de la relación de intercambio, a la carga de la deuda externa, a los pagos en concepto de importación de tecnología y a la repatriación de las ganancias de las empresas multinacionales.

El hecho de que la crisis asiática haya sido particularmente dura para las economías que desde hace muchos años han venido liberalizando las corrientes financieras y de inversión debería dejarnos una valiosa enseñanza a todos los que pertenecemos al mundo en desarrollo. En los países gravemente afectados, diversas actividades económicas han disminuido o se han detenido y se han perdido millones de puestos de trabajo, lo que ha aumentado la tasa de desempleo a niveles desconocidos. Millones de niños han abandonado sus estudios, lo que ha empeorado los problemas sociales de los países afectados. La escalada inflacionaria ha causado un aumento de los precios de los artículos del hogar, incluidos los artículos de la canasta familiar, hasta el nivel que los coloca fuera del alcance de muchos de los pobres.

Aún así, creo firmemente que incluso las economías más gravemente afectadas tienen la posibilidad de una pronta recuperación si cuentan con un entorno propicio para la adopción de medidas estrictas de reforma que ellas mismas están elaborando y si pueden tener acceso a la financiación para el desarrollo, a los mercados de exportación para sus productos y a la tecnología apropiada para sus necesidades de desarrollo. Esta pronta recuperación redundará en beneficio de todos los países, desarrollados y en desarrollo por igual, dado que sin lugar a dudas permitirá que reanuden sus contribuciones a la producción mundial, tan importantes en su momento. En última instancia, ningún país está libre de los peligros de la mundialización. Los efectos contagiosos de cualquier crisis financiera y económica que tenga lugar en cualquier país o región siempre amenazarán la estabilidad financiera y económica de todos los demás países y regiones. La amenaza de una recesión mundial, incluso posiblemente una depresión mundial, es una realidad. La forma más práctica de prevenir tan tremenda posibilidad es atacar la crisis donde se presenta y resolverla en ese lugar antes de que sus tentáculos atrapen a otras regiones.

Por consiguiente, el desafío fundamental que enfrenta la comunidad internacional es averiguar las causas profundas de esta crisis y elaborar medidas para garantizar que no se vuelvan a producir. Para comenzar, todos los que participamos en esta diálogo debemos contribuir a la elaboración de normas razonables pero eficaces para los mercados monetarios internacionales a fin de que sean más abiertos y transparentes. Asimismo, tal vez sería prudente que exami-

náramos la posibilidad de establecer un mecanismo para mitigar el carácter imprevisible y los efectos negativos de la mundialización y para velar por que todos los países puedan gozar en forma equitativa de las oportunidades que ofrece.

Ese mecanismo debe poder supervisar y vigilar los mercados de capitales y las operaciones financieras internacionales. Ya tenemos un mecanismo de esta índole en la esfera del comercio internacional: la Organización Mundial del Comercio. No hay razones para que no podamos contar con un mecanismo similar en la esfera de las corrientes financieras y monetarias si ello marcará una diferencia entre el orden y el caos en la economía mundial. Por ello, es de fundamental importancia que se realice un estudio exhaustivo del sistema monetario y financiero mundial desde la perspectiva de las necesidades de desarrollo.

A la luz de las repercusiones negativas de la mundialización, es preciso formular una serie de preguntas importantes, a saber: ¿cómo se puede aprovechar la mundialización para promover la industrialización de los países en desarrollo y mejorar los vínculos entre la industria, el desarrollo y el comercio? ¿Cómo se la puede utilizar para crear oportunidades de empleo para los millones de jóvenes del mundo en desarrollo que están por incorporarse al mercado de trabajo? ¿Cómo se la puede incorporar a la lucha contra la pobreza? Y sobre todo, ¿cómo se pueden mitigar sus aspectos perniciosos de manera que no perjudiquen a los vulnerables y de esa forma el goce de sus beneficios no socave nuestros preciados valores y tradiciones culturales?

La única respuesta en la que puedo pensar es que trabajemos en aras del establecimiento de una administración mundial que esté a la altura de la fuerza y el alcance de la mundialización. En una administración de esa índole, se movilizan los poderes colectivos de todos los pueblos para configurar nuestro futuro común. Será un proceso continuo en el que los individuos y las instituciones en los sectores público y privado y en todas las naciones se han de adaptar y han de adoptar medidas corporativas acerca de sus diversos y a menudo conflictivos intereses. Así, todos los que participan en el proceso de adopción de decisiones son los artífices de su destino. No obstante, esa administración mundial sólo es posible por conducto de la instrumentación central de unas Naciones Unidas reformadas, democratizadas y plenamente dotadas de poder.

La mundialización no es en modo alguno una fuerza perniciosa, pero es una fuerza ciega. Al igual que los vientos del cambio en el océano de la historia, nos puede hacer naufragar o llevarnos a los destinos deseados. Los

países desarrollados y los países en desarrollo se encuentran en la misma situación y nuestro destino depende de nuestra habilidad de trabajar en equipo para adaptarnos a ella. El trabajo en equipo entraña asociaciones. Sin embargo, sólo podremos establecer la asociación mundial anhelada para el desarrollo cuando podamos conciliar nuestras ansiedades y aspiraciones a resultas de un entendimiento mutuo nacido de un diálogo sincero, como el diálogo que mantenemos hoy. Mediante este diálogo, entonces, comencemos a suavizar los vientos de la mundialización.

El Presidente: Doy ahora la palabra al Sr. Georg Lennkh, Director General del Departamento de Cooperación para el Desarrollo de Austria, quien hablará en nombre de la Unión Europea.

Sr. Lennkh (Austria) (*interpretación del inglés*): Tengo el honor de hablar en nombre de la Unión Europea. Los países de Europa central y oriental asociados con la Unión Europea —Bulgaria, la República Checa, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, Rumania, Eslovaquia y Eslovenia—, el país asociado Chipre e Islandia, país que pertenece a la Asociación Europea de Libre Comercio y es miembro del Espacio Económico Europeo, hacen suya esta declaración.

Ante todo, Sr. Presidente, permítame felicitarlo por haber sido elegido para este importante cargo.

Aguardamos con interés este diálogo de dos días sobre las repercusiones sociales y económicas de la mundialización y esperamos que haya un estimulante intercambio de opiniones sobre lo que significa la mundialización para nuestros países y regiones, sobre cuáles son los beneficios y dónde radican los riesgos y sobre cómo deben desarrollarse las estructuras socioeconómicas en consonancia con el nuevo entorno económico y cómo podemos trabajar juntos para hacer frente a estos enormes retos. Las Naciones Unidas, que tienen un amplio mandato, podrían desempeñar un papel singular para promover una mayor concienciación acerca de los vínculos existentes entre las distintas esferas de política y para ayudar a identificar esferas de interés común y posibles formas de llevar a cabo una acción común y concertada.

La idea de la mundialización abarca la dinámica de la economía mundial a fines de este milenio, procesos que en parte se han desencadenado y se han visto facilitados por una nueva generación de innovaciones tecnológicas. El capital ha logrado un grado de movilidad sin paralelo. El volumen del comercio mundial y de las inversiones extranjeras directas está aumentando con mayor rapidez que el producto nacional bruto, y una proporción creciente de

dicho incremento se produce dentro de las propias empresas transnacionales. Las decisiones económicas de los llamados agentes mundiales tienen una influencia significativa en las economías nacionales y en el crecimiento y el desarrollo futuros. Los gobiernos notan que sus economías están más expuestas a las tendencias mundiales que en el pasado.

Por una parte, la liberalización y la mundialización han generado avances positivos para la economía mundial. Para la economía mundial en su conjunto estos factores facilitan una asignación más eficiente de los recursos y, por consiguiente, un crecimiento mayor a nivel mundial. La continuación de la tendencia de apertura e integración crecientes entre las economías es la que ha traído al mundo medio siglo de prosperidad sin precedentes. Ha abierto las regiones más pobladas del mundo al comercio internacional y ha ayudado a los países en desarrollo a mejorar sus niveles de vida. Ha conducido a una difusión cada vez más rápida de la información, a la innovación tecnológica y a la proliferación de puestos de trabajo especializados.

Pero la mundialización conlleva riesgos y plantea problemas a las sociedades y a las economías. La inestabilidad financiera causada, entre otras cosas, por la debilidad de las estructuras bancarias y financieras públicas y privadas ha hecho que los países sean especialmente vulnerables a los cambios repentinos en los sentimientos del mercado. La marginación representa un problema grave, especialmente para los países menos adelantados. Los países que actualmente están marginados son precisamente los que más necesitan el comercio, las inversiones y el crecimiento que la integración mundial podría generar. Esto plantea la perspectiva de una brecha creciente entre los países que pueden beneficiarse de la mundialización y aquellos que no se benefician o que encuentran dificultades para participar.

Las crecientes disparidades en materia de ingresos plantean el riesgo de la marginación dentro de los países. En muchos países en desarrollo de algunas regiones el acentuado progreso en la reducción de la pobreza contrasta con diferencias salariales cada vez mayores. Esto va acompañado de tasas de desempleo crecientes, especialmente entre la fuerza laboral no especializada, lo que da como resultado un aumento del número de personas que viven en la pobreza en muchos países desarrollados, como se subraya en el Informe sobre el Desarrollo Humano correspondiente a este año del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

También hay temores de que la mundialización ponga en peligro las normas sociales y ecológicas y socave la diversidad cultural y las identidades regionales y nacionales. Las complejidades y el ritmo de cambio que

conlleva el nuevo entorno mundializado y la existencia de condiciones sociales y laborales precarias constituyen para muchas personas un motivo de inseguridad.

Puesto que todos estos problemas trascienden la mera esfera económica, los instrumentos del mercado no nos bastarán para hacer frente a las consecuencias de la mundialización. A fin de lograr una participación inclusiva y de alcanzar los objetivos establecidos en la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social para mejorar la calidad de vida de todas las personas, hace falta una aceptación universal de ciertos valores sociales para conseguir que la mundialización sea un avance positivo general. La Unión Europea celebra las deliberaciones sobre integración social celebradas en el último período de sesiones de la Comisión de Desarrollo Social y espera con interés participar en el segmento de alto nivel del próximo período de sesiones sustantivo del Consejo Económico y Social dedicado al papel del empleo y el trabajo en la erradicación de la pobreza y en la habilitación y el adelanto de la mujer.

Como he dicho anteriormente, la mundialización es una parte intrínseca de la evolución del mundo actual. El desafío a que nos enfrentamos en los planos nacional e internacional es utilizar plenamente su potencial y propagar los beneficios de manera más amplia y uniforme, especialmente a los más pobres. Los gobiernos, otros agentes públicos y las sociedades civiles tienen que contribuir de manera eficaz a configurar las fuerzas que producen los cambios y la apertura de las economías modernas.

La integración europea debe ser considerada como un medio para que los países europeos y sus ciudadanos influyan con más eficacia sobre su futuro en un mundo globalizado. Es una respuesta a las exigencias del nuevo entorno económico mundial. El Mercado Único, que tiene más de 370 millones de consumidores, ha dado un impulso enorme a la actividad económica en Europa al estimular la competencia, acelerar el ritmo de la reestructuración industrial y ofrecer una gama más amplia de bienes y servicios a los consumidores a precios menores. Al mismo tiempo, se ha mantenido abierto a los productos e inversiones de todo el mundo. Otra importante medida en el proceso de integración europea es el lanzamiento con éxito de la moneda única. El euro no sólo debe fortalecer la respuesta europea a los problemas mundiales sino que también debe ser un factor de estabilización para la economía mundial.

No obstante, la integración europea también debe verse como un catalizador de la apertura. La Unión Europea, está plenamente decidida a estar a la altura del histórico reto de la ampliación, a fortalecer la cooperación con los países de África, el Caribe y el Pacífico mediante la próxima negocia-

ción de una convención que sustituya a la Convención de Lomé, y a promover las relaciones con otros países o grupos regionales.

Con más de 18 millones de personas que se encuentran actualmente desempleadas en la Unión Europea la lucha contra el desempleo reviste suma prioridad. Los Estados miembros de la Unión Europea han intensificado sus esfuerzos para abordar el aspecto estructural del desempleo. Los 15 miembros están poniendo en práctica planes de acción sobre el empleo que se centran especialmente en el empleo de los jóvenes, de los parados durante largo plazo y de las mujeres; están fomentando activamente el desarrollo de pericia y de aprendizaje a lo largo de toda la vida; están tratando de mejorar las condiciones para las empresas pequeñas y medianas y para los trabajadores autónomos, y están tomando medidas para promover el trabajo en contraposición a la dependencia.

Permítaseme pasar ahora a las posibles respuestas a nivel internacional: cómo utilizar de la mejor manera posible las enormes posibilidades que ofrece la mundialización limitando al mismo tiempo a niveles aceptables los riesgos que trae consigo.

Una respuesta es evidente: la economía de mercado en principio se beneficiaría de un mundo sin barreras artificiales. Pero si bien la mayoría de los países han tenido más o menos éxito al dirigir sus economías nacionales, todavía está en pañales un proceso semejante a nivel internacional. Es cierto que en los últimos años un creciente número de países han adoptado programas de estabilización macroeconómica y de reforma estructural. La consolidación fiscal, las políticas antiinflacionistas exitosas, la liberalización y la apertura de las economías han producido inversiones, crecimiento y empleos. Las recientes perturbaciones financieras y económicas han demostrado de nuevo la importancia de contar con sistemas financieros y bancarios internos sólidos con estructuras adecuadas en materia de vigilancia y reglamentación, transparencia y buena administración.

Sin embargo, los acontecimientos recientes han puesto de manifiesto serias debilidades tanto en el funcionamiento del sistema financiero internacional como en las prácticas para el otorgamiento de préstamos por parte de los inversionistas del sector privado. La creciente integración de los mercados mundiales de capital, los cambios en la magnitud y composición de las corrientes financieras internacionales y la creciente diversidad y número de actores e instrumentos requieren sistemas financieros más fuertes que aborden especialmente los siguientes aspectos: mayor vigilancia y gestión de crisis, mecanismos de alerta temprana y de prevención, mejores prácticas para la reglamentación y la

supervisión bancarias a nivel nacional, y una mejor difusión de la información y de los datos. Asimismo, el tema del peligro moral debe ser examinado para asegurar que el sector privado se haga responsable de sus decisiones respecto de los préstamos.

La liberalización de los regímenes comerciales y de inversión constituye un vehículo importante para fomentar el crecimiento y la estabilidad económicos en los países pobres. La integración de los países en desarrollo, especialmente de los países menos adelantados, en el sistema comercial mundial es uno de los objetivos principales de las políticas de desarrollo de la Unión Europea. Este objetivo sólo se alcanzará si se logra una fácil adaptación a las nuevas condiciones del comercio internacional. Con este fin, especialmente con relación a los países menos adelantados, se tendrán que aplicar políticas adicionales, tales como el apoyo al fortalecimiento de las instituciones relacionadas con el comercio. La Unión Europea apoyará a los países en desarrollo en sus esfuerzos, guardando el debido respeto por sus decisiones sobre los medios que elijan para su integración en la economía mundial, y de plena conformidad con las disposiciones de la Organización Mundial del Comercio.

Si bien las corrientes privadas comerciales y de capital desempeñan un papel fundamental en el crecimiento y en la reducción de la pobreza en los países en desarrollo, muchos países de bajos ingresos no atraen suficientemente dichas corrientes. La asistencia sigue desempeñando un papel importante en apoyo a los esfuerzos de estos países para crear un ambiente favorable al mejorar, entre otras cosas, la gestión pública, el imperio del derecho y la rendición de cuentas a nivel público. Además, la asistencia oficial para el desarrollo financia el desarrollo en esferas que no son atractivas para las corrientes privadas. Esto se aplica a la creación de capacidades y a sectores sociales como la salud y la educación. Por lo tanto, la Unión Europea, que proporciona más de la mitad de la asistencia oficial mundial para el desarrollo, reconoce la constante necesidad de corrientes importantes de asistencia oficial para el desarrollo, especialmente para los países en desarrollo más pobres.

Se requiere un debate mundial sobre una respuesta coherente y eficaz a las oportunidades y retos del futuro. La universalidad y el mandato amplio de las Naciones Unidas las convierten en una plataforma singular para el diálogo en torno al concepto de una buena administración interna a nivel mundial. En este marco, creemos que el Consejo Económico y Social podría desempeñar un papel significativo como el mecanismo central en la coordinación de las actividades de las Naciones Unidas en las esferas económica y social. Esperamos con interés las nuevas oportunidades para el diálogo que pueda brindar dicho foro. También

celebramos el hecho de que el debate de hoy trascienda la esfera estricta de los gobiernos y llegue a todas las esferas de la sociedad civil. Solamente de esta forma se podrá promover una ética cívica mundial necesaria para configurar las normas que puedan llevar los beneficios de la mundialización a todos nosotros.

La mundialización es una realidad, no una opción. Somos conscientes de que los países en desarrollo pobres están ya cargando el peso de algunos de sus efectos más negativos. Es urgente que la comunidad internacional trabaje estrechamente y con un objetivo claro a fin de encontrar respuestas a los retos y riesgos planteados por las realidades económicas de hoy. La Unión Europea está dispuesta a compartir su experiencia y comprometerse plenamente en la búsqueda de los medios para hacer frente a estos retos y riesgos a fin de que los efectos positivos de la mundialización y las oportunidades que conlleva sean compartidos por la comunidad internacional.

El Presidente: Doy ahora la palabra al Sr. Montek Singh Ahluwalia, miembro de la Comisión de Planificación y Ministro de Estado de la India.

Sr. Ahluwalia (India) (*interpretación del inglés*): Sr. Presidente: Mi delegación desea expresar su agradecimiento por sus esclarecedoras observaciones, así como por las de la Secretaria General Adjunta, Sra. Louise Fréchette. En nombre de mi delegación, también deseo sumarme plenamente a la declaración formulada en nombre del Grupo de los 77 y China.

Esta reunión se celebra en momentos en que el mundo presenta un aspecto muy distinto del que tenía hace dos decenios, cuando el diálogo Norte-Sur ocupaba el lugar central en el escenario. El grupo de las economías de planificación centralizada se ha integrado plenamente en los mercados mundiales, eliminando una importante falla que dividía entonces a la economía mundial. Se ha logrado un amplio consenso respecto de las políticas económicas que pueden funcionar mejor, con una aceptación mucho mayor del papel que desempeñan los mercados y el sector privado, y de la conveniencia del mercado libre y de las políticas de inversión. El proceso de mundialización, facilitado por el hecho de que la mayoría de los países han adoptado políticas económicas más abiertas, ha acelerado la integración de los países en desarrollo en la economía mundial. La liberalización financiera ha desatado una explosión de flujos de capital privado que atraviesan las fronteras nacionales, aportando una nueva dimensión al concepto de integración internacional e interdependencia.

Estas fuerzas que están a favor de la integración son acontecimientos potencialmente positivos. Sería alentador si también pudiésemos decir que el sistema está funcionando bien y que proporciona un entorno que propicia la prosperidad económica mundial en general y las aspiraciones de los países en desarrollo en particular. Lamentablemente, el desarrollo a largo plazo de una gran parte del mundo en desarrollo está en verdad a la zaga de las expectativas, y la crisis financiera del Asia oriental, que ha absorbido a algunas de las economías en desarrollo de mayor rendimiento y está teniendo repercusiones en otras partes del mundo, ha aportado nuevas inquietudes e incertidumbres.

Quisiera abundar en estas dos cuestiones. En lo que se refiere al desarrollo a largo plazo, no cabe duda de que se han logrado adelantos significativos. Algunos países en desarrollo, principalmente del Asia oriental, lograron tasas muy elevadas de crecimiento en los últimos dos decenios, transformando los niveles de vida de sus pueblos. Muchos otros han tenido progresos menos significativos, pero sí constantes. La importancia relativa que los países en desarrollo tienen como grupo en la economía mundial, medida en términos de su participación en el producto interno bruto o en el comercio mundial, indudablemente ha aumentado.

Estos son logros importantes, pero no nos cuentan toda la historia. Muchos países en desarrollo de África, y muchos de América Latina, han conocido un crecimiento muy bajo en los últimos dos decenios. El crecimiento ha mejorado un poco en años recientes, pero no ha sido un repunte fuerte, y ahora se ve amenazado por las repercusiones de la crisis asiática. El ingreso per cápita en muchos países, sobre todo en África, es inferior al de 1980. Se solía pensar que el bajo rendimiento respondía a debilidades en las políticas nacionales, pero esta explicación es ahora menos convincente porque de hecho las políticas han convergido en el último decenio. Además, un gran número de países en desarrollo que experimentan un crecimiento pobre han emprendido programas de ajuste estructural bajo la estrecha supervisión de donantes tanto multilaterales como bilaterales, precisamente con el fin de alinear sus políticas con las percepciones actuales de lo que constituye la práctica óptima. Esto recalca la importancia de una identificación más amplia de las limitaciones que frenan el crecimiento económico en grandes partes del mundo en desarrollo. Algunas de estas limitaciones son internas y deben ser atendidas por los propios países, pero también existen limitaciones externas, que tan sólo se pueden abordar conjuntamente con la comunidad mundial, lo que hace que el diálogo continuo sea más importante que nunca. Este diálogo debería abarcar una gama de cuestiones.

La primera se relaciona con la corriente de recursos financieros externos. Los países en desarrollo siempre han afirmado que la aceleración del desarrollo requiere una corriente constante de recursos financieros provenientes del resto del mundo. Para esto se necesita un aumento de la asistencia oficial para el desarrollo, así como corrientes de recursos en condiciones no concesionarias y a largo plazo provenientes de instituciones multilaterales. La historia de la asistencia oficial para el desarrollo es bien conocida. En lugar de aumentar en relación con el producto nacional bruto para tratar de alcanzar objetivos internacionales, el porcentaje en realidad ha disminuido. La corriente de recursos en condiciones no concesionarias provenientes de instituciones multilaterales como el Banco Mundial y los bancos de desarrollo regional también ha disminuido en términos reales.

Estas reducciones no habrían tenido importancia si se hubiera contado con otras fuentes de financiación. En este contexto, con frecuencia se hace referencia al crecimiento de las corrientes de capital privado. No caben dudas de que la mundialización ha dado lugar a un crecimiento notable de las corrientes de capital privado hacia los países en desarrollo; la magnitud de estas corrientes ha empujado a la importancia de la corriente de asistencia oficial. Sin embargo, las corrientes de capital privado no sustituyen a las corrientes oficiales en todos los casos. Por ejemplo, se concentran en aproximadamente una docena de países; sin duda, muchos países en desarrollo no podrán beneficiarse de estas corrientes, y resulta evidente que para estos países es esencial una ampliación de las corrientes oficiales. Incluso los países que pueden atraer capitales privados deben reconocer que algunas de estas corrientes pueden ser volátiles y presentar problemas. Como lo demuestra ampliamente la crisis del Asia oriental, los mercados financieros privados son vulnerables a los cambios súbitos de apreciación y de confianza que a menudo son desencadenados por el contagio que generan los problemas que existen en otros lugares. También se ven sujetos a ajustes excesivos debido a las reacciones gregarias que originan en algunas circunstancias los ingresos excesivos de fondos y en otras los grandes egresos. Esto puede hacer que los países en desarrollo se vean supeditados a un comportamiento repentino y desestabilizador, que no están en condiciones de encarar.

Por lo tanto, sería aconsejable que los países en desarrollo se concentraran en los ingresos de inversiones extranjeras directas, que generalmente son a largo plazo, y que adoptaran un enfoque más cauteloso respecto de las corrientes a corto plazo. En estas circunstancias, aun los países en desarrollo que pueden atraer corrientes privadas se verían beneficiados por una corriente sustancial continua de fondos

de largo plazo provenientes de instituciones multilaterales. Esto sería un elemento estabilizador en la cuenta de capital. Por consiguiente, quizá la graduación prematura de las corrientes multilaterales no sea conveniente, en especial si son estas corrientes las que han de activarse en momentos de crisis. Las corrientes privadas tampoco pueden cubrir las necesidades financieras de determinados sectores, tales como los sectores sociales, la protección del medio ambiente y algunos tipos de infraestructura. En momentos en que se ha forjado un consenso internacional mediante una serie de conferencias y cumbres de alto nivel de las Naciones Unidas sobre un programa en el que se da prioridad al desarrollo social, a la protección del medio ambiente y a otras cuestiones, es esencial asegurar una corriente adecuada de recursos oficiales para lograr estos objetivos compartidos. Por todos estos motivos, debe examinarse con seriedad la ampliación de la corriente de recursos oficiales hacia los países en desarrollo, incluidas en especial las corrientes provenientes de instituciones multilaterales.

Los países en desarrollo que tratan de aplicar políticas de economía abierta también deben recibir la garantía del acceso a los mercados de los países industrializados. Los primeros exponentes de la industrialización orientada a la exportación hallaron un clima relativamente benigno a este respecto. No obstante, con el avance de la mundialización y la persistencia de altas tasas de desempleo en muchos países industrializados, las voces proteccionistas se oyen con mayor frecuencia en el mundo industrializado. Desde el punto de vista de los países en desarrollo, hay muchas carencias en el sistema de comercio internacional. Hay esferas de especial interés para los países en desarrollo, como los productos textiles y la agricultura, que siguen viéndose sujetas a barreras proteccionistas con eliminaciones graduales prometidas sólo a lo largo de períodos relativamente prolongados. Incluso donde los mercados están en teoría abiertos, los países en desarrollo enfrentan frecuentes medidas en materia de derechos antidumping que son difíciles de contrarrestar, siempre resultan costosas e insumen mucho tiempo. También se están realizando esfuerzos para introducir condiciones ambientales y cuestiones sociales, tales como normas laborales, en el programa del comercio. Desde la perspectiva de los países en desarrollo, estas medidas se consideran un proteccionismo levemente encubierto. Si los países en desarrollo han de aplicar políticas de economía abierta en esta época de confusión, como están tratando de hacerlo, necesitan una mayor confianza y un compromiso compartido para establecer normas de comercio que les resulten equitativas.

Estas son las cuestiones a largo plazo. También debemos abordar los problemas más urgentes que plantea la

crisis económica de Asia, que ha socavado la confianza en la estabilidad del sistema financiero internacional y nuestra capacidad de encarar las crisis cuando estas se desencadenan. En este sentido, cabe señalar varias características de la crisis. Primero, ninguno de los participantes en el sistema financiero internacional la había previsto, lo que pone en tela de juicio la calidad del sistema de inteligencia de los mercados sobre la base de qué participantes del sector privado adoptan decisiones, así como también la calidad de la vigilancia que lleva a cabo el Fondo Monetario Internacional (FMI). Segundo, la crisis ha resultado difícil de encarar debido en parte a que los efectos de contagio propagaron la crisis a otros países y, lo que es más importante, debido a que las fórmulas de solución habituales resultaron ineficaces o entrañaron una transición mucho más larga y una pérdida de la producción y una inquietud social mayores de las que se habían previsto inicialmente. Esto ha llevado a que se replantee en forma considerable cuál debería ser la estructura ideal de los programas para encarar las crisis en el futuro. Por último, la posibilidad de que los efectos de contagio se propaguen más allá de la región de Asia, junto con las limitaciones en cuanto a los recursos de que dispone el FMI para abordar un gran número de crisis en forma simultánea, plantea el temor de que el sistema financiero internacional sea intrínsecamente inestable. La amenaza de una espiral deflacionaria en todo el mundo ha adquirido grandes proporciones.

Consciente de estos problemas, la comunidad internacional ha emprendido la tarea de definir una estructura adecuada para el sistema financiero internacional que pueda aumentar la confianza en su estabilidad. Algunos elementos de esta estructura no pueden ser objeto de controversia. Es preciso mejorar en gran medida la reglamentación y la supervisión del sistema financiero en todos los países, sobre la base de un conjunto común de normas. También es preciso mejorar la información y aumentar la transparencia. Se está de acuerdo también en que es necesario contar con una vigilancia más eficaz. No obstante, siguen sin resolverse muchas cuestiones. ¿Cómo puede lograrse que la vigilancia sea más simétrica, a fin de que se concentre no sólo en los sistemas financieros de los países receptores, sino también en las instituciones financieras de los países exportadores de capital? ¿Está en la actualidad el Fondo Monetario Internacional plenamente en condiciones de servir como prestamista de última instancia en el sistema financiero internacional, o necesitamos un tipo de institución algo distinta? ¿Es el sistema actual adecuado para encarar las crisis futuras, o necesitamos otros instrumentos y mecanismos para la gestión de las crisis? En particular, ¿cómo aseguramos una distribución equitativa de la carga entre los deudores y los acreedores en casos de crisis? Por último, ¿acaso la plena

convertibilidad de la cuenta de capital introduce demasiadas posibilidades de inestabilidad en el sistema, lo que quizá no podrían encarar los países en desarrollo? ¿Deberían, por lo tanto, los países en desarrollo concentrarse en la liberalización del comercio y las corrientes de inversión directa como fuentes principales de los beneficios derivados de la integración en la economía mundial, manteniendo al mismo tiempo un enfoque más cauteloso de la liberalización de las corrientes de capital en general?

Aún no se ha alcanzado un consenso sobre estas cuestiones, pero las respuestas se necesitan con urgencia para restaurar la confianza no sólo en el sistema financiero internacional, sino también en la mundialización y en la liberalización. Espero que nuestras deliberaciones en estas reuniones nos acerquen más a las respuestas.

El Presidente: Doy ahora la palabra al Ministro de Estado de Alemania, Excmo. Sr. Helmut Schäfer.

Sr. Schäfer (Alemania) (*interpretación del inglés*): Sr. Presidente: Es un gran placer para mí transmitirle la felicitación de mi Gobierno por su elección como Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo tercer período de sesiones. Le deseamos mucho éxito en las deliberaciones venideras.

A la vez, desearíamos apoyar la declaración que hizo la Presidencia austríaca de la Unión Europea.

Al inicio del Quinto Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en momentos de una liberalización y una mundialización cada vez mayores, las perspectivas de que el desarrollo continúe avanzando son buenas. Un creciente número de países de todas partes del mundo se están integrando cada vez más en la economía mundial.

Sin embargo, si no se hacen a tiempo los ajustes estructurales necesarios se pueden fácilmente provocar reveses y crisis. Por eso es correcto reanudar el diálogo sobre el robustecimiento de las fuerzas que favorecen el crecimiento mundial también mediante la continuación y el incremento de la cooperación económica internacional mediante las modalidades de asociación. Las Naciones Unidas constituyen un foro adecuado para este fin y, de hecho, en los debates de hoy se pueden aprovechar las deliberaciones que se realizaron en los últimos años en el Consejo Económico y Social y en la Asamblea General, así como, en particular, en la serie de conferencias mundiales celebradas durante los últimos ocho años.

En esta ocasión desearía recordar que en la Cumbre del Grupo de los Siete celebrada en 1996 en Lyon se plantearon cuestiones importantes relativas a la aplicación de una nueva modalidad de asociación mundial para el desarrollo, que se definió como una ambición para el siglo XXI. Las ideas que el Grupo de los Siete enunció respecto de la manera en que esta modalidad de asociación debía evolucionar también reflejan el consenso que dimanó de las diversas conferencias mundiales. Se sostiene que a los países en desarrollo les cabe una responsabilidad respecto de su propio desarrollo, especialmente en cuanto a proporcionar condiciones conducentes a un desarrollo sostenible que resulte beneficioso para sus ciudadanos. Se reconoce que la comunidad internacional debe apoyar los esfuerzos de los países en desarrollo en un espíritu de propósito común y eficiencia. Asimismo, existe un fuerte énfasis en la importante función que compete a las organizaciones multilaterales en la tarea de colaborar entre sí y con los donantes bilaterales.

Estos principios también integran la política económica y social de Alemania, así como su política en materia de desarrollo. Convenimos en que el desarrollo sostenible debe ser uno de los objetivos más importantes de nuestra política en materia de desarrollo. Especialmente en una era de mercados mundiales totalmente abiertos, el desarrollo económico sólo es sostenible si se presta la debida atención a las inquietudes sociales y ecológicas. La tarea de las políticas es trazar el derrotero y proporcionar el entorno que también salvaguardará las necesidades futuras de carácter económico, ecológico y social. Las respuestas eficaces ante amenazas mundiales tales como el rápido crecimiento de la población, la explotación excesiva de los recursos naturales y las escaseces que afectan a un gran número de personas en muchas partes del mundo sólo son posibles si se hace frente a los tres aspectos interdependientes del desarrollo sostenible.

En la serie de sesiones de alto nivel del Consejo Económico y Social este año hemos realizado un intenso debate sobre el acceso de los países en desarrollo al mercado y sobre su incorporación a la economía mundial. Esto ha servido para resaltar la importancia de estas cuestiones en la era de la mundialización. Una de las cosas que dimanaron de esas deliberaciones fue que, a medida que el mundo se mundializa cada vez más, el fomento de la empresa privada tiene que desempeñar un papel central. Por consiguiente, esto es ahora parte integral y elemento decisivo de la estrategia de Alemania en materia de desarrollo y economía. A mediano y a largo plazo, el mejoramiento de los conocimientos técnicos productivos para eliminar las causas estructurales de la pobreza contribuirá a dismantelar

y vencer los obstáculos al desarrollo que con frecuencia impiden que los países pobres se integren en la economía mundial.

Nuestra estrategia para promover la empresa privada en los países con los que estamos asociados se basa en nuestra propia experiencia en cuanto a que ni el establecimiento de políticas gubernamentales que propicien el crecimiento de una economía de mercado ni la creación de instituciones eficaces e independientes que dirijan los asuntos propios del sector privado, y ni siquiera la creación de estructuras empresariales innovadoras, bastan por sí solos para lograr que el sector privado se desarrolle con éxito. Lo que de hecho se necesita es una combinación de los tres medios. Consideramos que la cooperación para el desarrollo determina los objetivos de las políticas en materia de economía y desarrollo.

Permítaseme también hacer referencia en este contexto a la onerosa carga de la deuda que tienen unos cuantos países, que con demasiada frecuencia representa un serio obstáculo para su desarrollo. Alemania apoya vigorosamente la prestación de asistencia a los países pobres muy endeudados y ya ha hecho una contribución apreciable con miras a reducir su carga de la deuda. Por consiguiente, bilateralmente hemos llevado a cabo o prometido cancelaciones de deudas respecto de países menos adelantados de África. Además, Alemania ha participado en arreglos multilaterales de reprogramación de la deuda con países en desarrollo que dimanan de créditos comerciales. Hemos cancelado más de 7.000 millones de dólares en varios tipos de deudas. Además, desde 1978 hemos proporcionado concesiones no pagaderas a países menos adelantados, que también ascienden a cerca de 7.000 millones de dólares. Desde el comienzo mismo, Alemania ha participado activamente en la formulación y la evolución de la Iniciativa en favor de los países pobres muy endeudados, en la que están presentes todos los elementos necesarios para resolver los problemas de deudas de estos países, entre los que figuran reformas ambiciosas y sostenidas en materia de políticas económicas en los propios países deudores. Para Alemania reviste una importancia fundamental el vínculo que existe entre una reforma adecuada de la política económica y la mitigación de la deuda.

Las reformas de mercado, el funcionamiento de los mercados financieros y de capital y la prosperidad del comercio exterior, junto con el crecimiento de una clase media, constituyen elementos esenciales de un desarrollo económico equilibrado, sano y competitivo a nivel internacional, así como la base de una integración mayor en la economía mundial. El ritmo de la actividad económica en

los mercados emergentes pone de manifiesto las fuerzas dinámicas que pueden desencadenarse mediante la ampliación del comercio y los incentivos a los inversionistas privados. No obstante, la crisis asiática, como ya se mencionó aquí hoy, también ha puesto de relieve las debilidades estructurales del proceso de desarrollo. Evidentemente, resulta imperativo establecer el marco institucional con el fin de garantizar un crecimiento económico sólido también a largo plazo. Consideramos que una de las tareas primordiales de la cooperación bilateral y multilateral en materia de desarrollo es apoyar a nuestros socios, especialmente en sus esfuerzos en esta esfera.

Los instrumentos de las políticas nacionales ya carecen de eficacia para hacer frente a lo que constituyen esencialmente acontecimientos transnacionales. La interrogante es si está justificada la intervención nacional, multilateralmente acordada en el mercado y, si lo está, de qué tipo debe ser. Por ejemplo, ¿es posible establecer mejores mecanismos para evitar las crisis? Tenemos que examinar aquí muy a fondo esta cuestión.

Entonces, enfocado de esta manera, nuestro diálogo aquí, y especialmente en los órganos técnicos competentes, cobra mucha mayor pertinencia. Es menester que consideremos en qué esferas se deben establecer o perfeccionar normas internacionales, no para refrenar el dinamismo de las fuerzas económicas o para imponer regulaciones rígidas, sino para permitir que se tomen medidas encaminadas a evitar el surgimiento de crisis.

Alemania, como muchos otros países, tiene una considerable experiencia en materia de política monetaria y crediticia, supervisión pública de la banca y los seguros, política financiera y mercado de valores, así como en lo que atañe a la legislación nacional y europea sobre la competencia. En la Organización Mundial del Comercio abogamos por la creación de un conjunto de normas de alcance mundial en materia de comercio y competencia.

La solución de estos problemas exigirá un mayor grado de cooperación internacional en el próximo siglo. Un importante aspecto relacionado con esos esfuerzos coordinados será el logro de un mayor grado de eficacia en las estructuras de cooperación y en la gestión. Sin duda, en este contexto también necesitamos analizar la estructura y el papel que desempeñan las Naciones Unidas. En las propuestas de reforma que presentó el año pasado, el Secretario General abordó estas cuestiones y esbozó su visión de una organización mundial que pueda dar a sus miembros el apoyo que necesitan para hacer frente con éxito a los retos mundiales

del futuro. Eso también debería formar parte del diálogo que estamos manteniendo.

El Presidente: Doy ahora la palabra al Administrador de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, Sr. J. Brian Atwood.

Sr. Atwood (Estados Unidos de América) (*interpretación del inglés*): La delegación de los Estados Unidos acoge con beneplácito la oportunidad de participar en este importante y oportuno debate sobre cuestiones que nos conciernen a todos ahora que estamos pasando por un período de incertidumbre y agitación económica inusualmente intensas. He escuchado con atención las declaraciones que se formularon con anterioridad, y debo decir que se trata de un inicio muy constructivo para esta conferencia. Los demás miembros de mi delegación y yo esperamos con interés las deliberaciones de mesa redonda y los demás debates que se celebrarán sobre estas cuestiones.

Quiero destacar la presencia de un miembro muy distinguido de la delegación de los Estados Unidos, una persona que ha sido testigo de la evolución del sistema internacional durante los últimos 50 años y ha participado en ella: el Senador Claiborne Pell, ex Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado.

La crisis de Asia está afectando a las muy laboriosas y orgullosas poblaciones de esa región, poblaciones cuyos extraordinarios logros de los últimos decenios merecen nuestro profundo respeto. Debemos unirnos a esos gobiernos en un compromiso para garantizar que no se pierdan las inversiones que todos hemos hecho en pro del desarrollo.

También en Rusia vemos el drama de un pueblo talentoso y valiente que se debate en las complejidades de una transformación difícil, pero necesaria, hacia una economía basada en el mercado. Los países —entre los que se cuentan los Estados Unidos— cuyas economías contaron con decenios o siglos para ir estableciendo progresivamente los mercados y las instituciones jurídicas y normativas conexas no deben subestimar los retos enormes que enfrenta Rusia.

Mientras el mundo contempla estos acontecimientos, algunos ponen en entredicho la conveniencia de los mercados libres y la creciente interdependencia de las economías nacionales que ha tenido lugar como consecuencia de lo que se ha llegado a conocer como mundialización. Incluso en los Estados Unidos, algunos quieren hacer retroceder el reloj y volver a lo que recuerdan como tiem-

pos más bucólicos y de mayor autonomía. Tal aislamiento es más bello en el recuerdo nostálgico que en los hechos concretos. Por ejemplo, a principios de este siglo el norteamericano promedio tenía una esperanza de vida más corta que la que tiene hoy el promedio de los habitantes de los países en desarrollo del mundo de hoy, y era apenas un poco más pudiente que el promedio de los habitantes del mundo en desarrollo de hoy.

No debemos permitir que los problemas que encaramos hoy definan el significado de la mundialización. Los beneficios siguen superando ampliamente a los costos. La mundialización significa además la disponibilidad de comunicaciones rápidas y de bajo costo, de sistemas de transporte eficaces en función de los costos y de mercados abiertos que hacen posible la difusión mundial de ideas, tecnología e inversiones. Estos beneficios de nuestro mundo moderno pueden hacer que las personas sean más productivas como trabajadores y estén mejor informadas y sean más capaces como ciudadanos. Al ampliar el mercado para la innovación, la mundialización constituye un acicate para la creatividad.

Puede también estimular la competencia entre los gobiernos para aumentar su eficiencia y desarrollar la capacidad humana de sus naciones, así como sus sistemas nacionales financieros, políticos y jurídicos. Este sentido de la necesidad de competir, si se combina con medidas internacionales más eficaces para ayudar sobre todo a los países más pobres a conseguir el desarrollo sostenible, puede producir la economía mundial estable y en crecimiento que todos deseamos.

En un mundo internacionalizado, los gobiernos deben reconocer que tienen un menor control sobre las tendencias económicas de sus países. No obstante, pueden crear un entorno propicio para las inversiones, el ingreso de capitales y una mayor productividad. Deben inspirar confianza a los inversionistas. Si, en lugar de ello, sus medidas producen temor, sus países tendrán que resignarse a ver que el crecimiento se da en otros lugares.

Necesitamos poner la crisis actual en la perspectiva correcta y tomar conciencia de las inmensas ganancias que ha registrado la economía mundial en los últimos 50 años precisamente como resultado de la mundialización y del éxito de los esfuerzos en pro del desarrollo. Aun en medio de la oscuridad actual, no creo que las dinámicas naciones de Asia quieran retroceder al punto en que se encontraban hace dos o tres decenios. Este retroceso temporario no altera en forma fundamental su camino hacia el crecimiento a largo plazo ni sus brillantes perspectivas para el futuro.

Ya estamos comenzando a ver señales de resurgimiento en Asia. Los tipos de cambio se han estabilizado en Tailandia y en Corea, lo que ha permitido que disminuyeran las tasas de interés, y la producción está comenzando a nivelarse. Estos logros no habrían sido posibles sin una autoridad fuerte democráticamente elegida y sin la decidida búsqueda de reformas en materia de política, y tampoco habrían sido posibles si esos países no hubiesen invertido a lo largo de los años en la educación, la atención médica y la capacidad productiva de sus propios pueblos.

La crisis financiera que tuvo lugar en 1995 en México también ofrece motivos de aliento. Después de la pérdida de confianza de los inversionistas y de la salida de grandes capitales —algo muy similar a lo que conoció Asia el año pasado— la economía de México se contrajo ese año en un 6%; pero con políticas firmes y con el apoyo condicionado de los Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otros, la economía de México creció en un 5% el año siguiente y desde entonces ha mantenido ese ritmo.

En la declaración que formuló en la reunión cumbre del Movimiento No Alineado celebrada en Durbán hace tres semanas, el Vicepresidente de Sudáfrica, Sr. Thabo Mbeki, habló elocuentemente acerca de las nuevas fuerzas que están irrumpiendo en la economía mundial: la mundialización, la liberalización, la desregulación y la expansión de las corrientes de información. Estas fuerzas, dijo, constituyen el contexto internacional en el que todos debemos trabajar para eliminar la pobreza en nuestros países. Luego señaló que el hecho mismo de la mundialización, en todas sus formas, significa que nuestros propios éxitos como países en desarrollo no son posibles en condiciones de autarquía o de desarrollo autocontenido. Esto deja sentada claramente la idea fundamental. Ninguna nación puede aislarse de estas fuerzas positivas, ni debe querer hacerlo. Los países que mejor se acoplen a la mundialización son los que prosperarán más en los años venideros.

Sin embargo, no debemos cometer el error de contemplar la mundialización como un proceso meramente económico. Esta debe tener lugar en el entorno adecuado, un entorno en el que los pueblos puedan expresar sus aspiraciones políticas y sociales y ayudar a modelar el mundo que van a heredar sus hijos. Además, no puede buscarse el crecimiento económico a expensas de las generaciones futuras. La protección de nuestra base de recursos ecológicos es fundamental para que el desarrollo sea sostenible. También debemos asegurarnos de que las naciones cuenten con nuestra ayuda para hacer frente a esta tarea. La comunidad internacional —expresión que utilizamos a menudo— debe querer que cada miembro de nuestra comunidad tenga

éxito. Tenemos un interés común en nuestro bienestar colectivo. Por lo tanto, debemos encontrar una nueva forma de establecer medidas de seguridad que minimicen los riesgos asociados con la mundialización y alienten a los países a incorporar ese concepto. Asimismo, debemos examinar cómo el FMI, las instituciones financieras internacionales y los donantes bilaterales pueden mejorar su coordinación para poder dar una respuesta rápida a crisis como las que hemos visto en Rusia, en México y en toda Asia.

El sistema de las Naciones Unidas tiene una función vital que desempeñar. Puede ser útil para ayudar a las naciones a crear el entorno propicio para que la mundialización arroje resultados positivos mediante la promoción de un genuino respeto por los derechos humanos y las normas básicas de trabajo; no sólo los derechos civiles y políticos, sino los derechos humanos fundamentales de todas las personas a la realización progresiva de su potencial económico, social y cultural.

El Presidente Clinton dejó en claro esta semana, en las declaraciones que formuló ante el Consejo de Relaciones Exteriores en Nueva York, que los Estados Unidos siguen dispuestos a prestar asistencia a los países que se ayudan a sí mismos. Propuso seis medidas para abordar la actual crisis financiera mundial, a saber: colaboración con otras democracias industrializadas para promover el crecimiento económico; alivio de la deuda para las empresas del sector privado en los países afectados por la crisis; aumento del apoyo del Banco Mundial para los programas de red de protección social; activación de los 15.000 millones de dólares del fondo de emergencia del FMI para impedir una ulterior propagación del pánico financiero; concesión de más préstamos del Export-Import Bank de los Estados Unidos; y, para finalizar, financiación del FMI por parte de nuestro Congreso, asunto este que se decidirá en las próximas semanas.

El Presidente también anunció dos iniciativas encaminadas a abordar mejor las emergencias económicas internacionales en el futuro. En primer lugar, pidió una mayor apertura de los mercados para ampliar el comercio y al mismo tiempo el establecimiento de salvaguardias en materia de normas de trabajo y del medio ambiente. En segundo lugar, instó a que dentro de los próximos 30 días se celebrara una reunión de los ministros de economía y de los directores de los bancos centrales de los países del Grupo de los Siete y de las economías emergentes fundamentales a fin de adaptar la arquitectura financiera internacional a los problemas que enfrentaremos en el siglo XXI. Esto no es un respaldo del statu quo actual; es una indicación clara de que entendemos los problemas de la mundialización y de que

queremos trabajar para solucionarlos. Ya se ha fijado la fecha de esa reunión.

Los Estados Unidos están decididos a seguir participando plenamente en las gestiones encaminadas a lograr el bienestar económico mundial. Estamos estrechamente vinculados con el mundo en desarrollo de diversas maneras; basta simplemente observar a nuestra ciudadanía. Sabemos que mantener nuestro crecimiento económico es una de las contribuciones más importantes que podemos hacer. El año pasado, los Estados Unidos —con sólo el 4% de los consumidores del mundo— absorbió el 20% de las exportaciones de los países en desarrollo. Nuestro déficit comercial con el mundo en desarrollo fue de 200.000 millones de dólares. Las inversiones extranjeras directas de los Estados Unidos en los países en desarrollo ascienden ahora a más de 150.000 millones de dólares. Estos son cimientos para una relación sostenible y mutuamente beneficiosa.

Asimismo, nuestros programas bilaterales de asistencia externa contribuyen a encontrar las soluciones que deseamos. La Agencia para el Desarrollo Internacional responde a las crisis financieras al ayudar a los gobiernos a poner en vigor sistemas financieros normativos que pueden reducir la posibilidad de pánicos futuros y mejorar la habilidad para administrar debidamente las crisis. Estamos trabajando activamente en lugares como Indonesia para ayudar a proporcionar protección social a los más gravemente afectados. Estamos prestando asistencia en diversos países en las esferas de bancos, mercados de capital, políticas fiscales, privatización, desregulación y reformas sectoriales de diversos tipos.

A fin de brindar una mayor oportunidad a África, región esta que aún tiene que obtener mayores beneficios de la mundialización, el Presidente Clinton ha solicitado al Congreso que apruebe un proyecto de ley sobre el crecimiento y las oportunidades en África.

El Gobierno del Presidente Clinton comprende la importancia del liderazgo internacional en estas cuestiones. Queremos hacer más, y esperamos con interés trabajar con las Naciones Unidas, las organizaciones de Bretton Woods y las naciones que padecen más la crisis actual a fin de que la mundialización se transforme en un concepto positivo. Mi delegación espera con interés escuchar a otros y participar plenamente en este diálogo.

El Presidente: Doy la palabra al Viceministro de Relaciones Exteriores del Japón, Sr. Koichi Haraguchi.

Sr. Haraguchi (Japón) (*interpretación del inglés*): La mundialización y la mayor interdependencia económica son las tendencias más importantes del mundo actual. Desde luego, estas tendencias han estado en auge desde hace tiempo, pero se han agudizado como resultado de la conclusión de la guerra fría y del espectacular desarrollo de la tecnología de la información.

Por ejemplo, se dice que en la actualidad se transfieren unos 50.000 millones de dólares por hora en todo el mundo; es decir 1,2 billones de dólares por día, 300 billones por año. La cantidad de computadoras que apoyan a la Internet aumentó más de 40 veces en los seis años transcurridos entre 1991 y 1997, y sigue creciendo.

La mundialización nos libera de las limitaciones impuestas por nuestras fronteras nacionales. En tanto que en el pasado el crecimiento se veía a menudo obstaculizado cuando no se disponía del capital o la tecnología necesarios dentro de las fronteras de un país, en la actualidad eso ya no sucede, ya que esos recursos se pueden movilizar libremente a través de las fronteras hacia donde se los pueda utilizar con la mayor eficiencia económica. Los milagros económicos que han tenido lugar en Asia son excelentes ejemplos de lo que se puede lograr con la mundialización.

Por otra parte, no se puede negar que al promover la eficiencia mediante la competencia, la mundialización crea algunos problemas. Una mayor competencia produce, además de ganadores, perdedores en forma más drástica, y ensancha la diferencia entre los ricos y los pobres.

Los Estados tradicionales se caracterizaron por un sentido de solidaridad o de pertenencia a la misma comunidad, y las personas lograban encontrar un equilibrio entre el aumento de la eficiencia y la consideración por los débiles, o —expresado en términos más filosóficos— el equilibrio entre la búsqueda de la libertad y la búsqueda de la igualdad.

No obstante, la mundialización ha tendido a destruir ese delicado equilibrio. Algunos países en desarrollo están en mejores condiciones de aprovechar las oportunidades creadas por la mundialización, es cierto, pero otros están en peligro de ser dejados de lado y, por consiguiente, de quedar marginados. Esto puede ser desestabilizador y, a largo plazo, dañar la prosperidad de todos.

También es preciso reconocer que la aceleración de la mundialización y la intensificación de la interdependencia han aumentado en cierta medida los riesgos sistémicos que enfrenta el mundo. En la actualidad, cuando surge un

problema en algún lugar del mundo, se corre el riesgo de que este problema paralice todo el sistema. El contagio de la actual crisis financiera es un ejemplo concreto de lo que puede suceder.

Ciertamente, el desafío que enfrentamos es aprovechar al máximo las características positivas de la mundialización y al mismo tiempo evitar o reducir al mínimo el daño causado por sus características negativas. A fin de aprovechar las características positivas, es preciso que presentemos normas internacionales reconocidas, tales como procedimientos democráticos, transparencia, rendición de cuentas, estado de derecho y prevención de la corrupción. Esta es la manera más segura de promover una corriente de recursos productivos provenientes del exterior.

Por otra parte, también debemos estar preparados para hacer frente a los aspectos negativos de la mundialización. Con ese fin, el Japón ha presentado la idea de la nueva estrategia del desarrollo. La nueva estrategia del desarrollo es una forma de superar los problemas del desarrollo. Fundamentalmente, es la idea de que a medida que la mundialización avanza, es esencial que se establezca una asociación entre los países receptores y los donantes y se trate de obtener una gama más amplia de cooperación internacional, y al mismo tiempo se aliente a los países en desarrollo a ser dueños del proceso de desarrollo.

La estrategia también fomenta la combinación de un criterio amplio y un criterio individual para el desarrollo. El criterio amplio subraya la importancia no sólo de la asistencia financiera oficial sino también de la integración de la inversión del sector privado, el comercio, el acceso a los mercados y el desarrollo de la infraestructura socioeconómica en estrategias de desarrollo nacionales.

Igualmente, hace falta un enfoque individual porque, a pesar de la mundialización creciente, los problemas que causa este proceso y las medidas que hay que tomar para resolverlos no son iguales para todos los países afectados.

Para hacer frente a los posibles riesgos sistémicos que entraña la mundialización es indispensable la cooperación internacional. Por ejemplo, a la luz de los efectos devastadores que tuvo el repentino movimiento de capitales a corto plazo en la reciente crisis financiera asiática, los líderes del Grupo de los Ocho, reunidos en Birmingham, instaron al Fondo Monetario Internacional (FMI) a que examinara la forma de vigilar eficazmente las corrientes de capital, especialmente las corrientes a corto plazo, para proporcionar información y promover la estabilidad del mercado. Tam-

bién tenemos que acometer esa cooperación internacional en otros ámbitos.

Como he indicado, la mundialización crea oportunidades y problemas. Me he referido a la manera en que debemos responder a ellos en términos generales. Ahora deseo describir algunas de las medidas que ha adoptado el Japón. En respuesta a la crisis económica de Asia, el Japón ha brindado un firme apoyo a los esfuerzos de los países afectados para salir de los problemas que los acosan. Entre dichos esfuerzos se encuentra la provisión de una red de seguridad para que los miembros más débiles de la sociedad, que están soportando una parte mayor de la que les corresponde de las penurias, no sigan hundiéndose más. También se incluye el perfeccionamiento de recursos humanos para poder estar en mejores condiciones de hacer frente a la crisis. El Japón ha proporcionado 43.000 millones de dólares en dicho apoyo, lo que lo ha convertido en la mayor fuente de asistencia bilateral.

Con el fin de responder a las necesidades de África, donde la posibilidad de marginación es sumamente grave, el Japón, juntamente con el resto de la comunidad internacional, está tratando de aplicar allí la nueva estrategia del desarrollo. Como parte de ese esfuerzo el Japón convocará el próximo mes en Tokio, en cooperación con las Naciones Unidas y la Coalición Mundial para África, la segunda Conferencia Internacional sobre el Desarrollo de África. Su tema y objetivo fundamentales "La reducción de la pobreza y la integración de África en la economía mundial". Al término de la Conferencia se espera que se apruebe un plan de acción que nos oriente para tratar de conseguir con eficacia el desarrollo de África al adentrarnos en el siglo XXI.

El Japón estima que la celebración de reuniones como ésta puede ser muy útil para aumentar la sensibilización de todos respecto de las actividades de las Naciones Unidas en esta importante esfera. Por consiguiente, deseamos manifestar la esperanza de que nuestros esfuerzos se vean coronados por el éxito.

El Presidente: Doy ahora la palabra al Viceministro de Comercio e Industria de Ghana, Sr. Dan Abodakpi.

Sr. Abodakpi (Ghana) (*interpretación del inglés*): Para mí es un gran placer aportar una contribución a este importante proceso. El tema de este diálogo realmente me anima, ya que está relacionado con el fenómeno doble de la mundialización y la interdependencia, que evoluciona rápidamente. Estos procesos están produciendo cambios espectaculares en las relaciones económicas y comerciales interna-

cionales, cambios que tienen repercusiones sobre todos los países, tanto los desarrollados como los que se encuentran en desarrollo. Efectivamente, es imposible olvidar que el fin de este siglo, sobre todo el decenio de 1990, pasará a los anales de la historia como un período de profundos cambios en las relaciones internacionales. Desde el punto de vista de las relaciones comerciales y económicas el cambio más destacado ha sido este proceso doble de mundialización e interdependencia. El hecho de que estos procesos tiendan fundamentalmente a lograr más oportunidades de crecimiento para todos los países es un motivo de satisfacción y esperanza. Pero no perdamos de vista que tras los considerables aplausos a estas encomiables tendencias también se encuentran los peligros de la marginación y la incertidumbre para los países en desarrollo, especialmente para los de la región del África subsahariana.

La mundialización ha asumido un significado más amplio, al tiempo que la interdependencia entre las naciones se ha hecho más fuerte. De hecho, los procesos han devenido irreversibles y afectan a todos los sectores de la economía universal, es decir, la producción, la inversión, el empleo, el comercio, el desarrollo y el bienestar general de los pueblos.

La tendencia actual de la economía mundial, que constantemente marcha hacia una mayor interdependencia, hace que resulte evidente que los países en desarrollo no tengan más opción que integrarse en la economía mundial. Lo que es más importante, tienen que comprender que sus destinos están ligados a los de otras naciones. Por lo tanto, resulta muy claro que los países en desarrollo tienen que ir fuera de sus fronteras en busca de más negocios.

Se ha dicho que la mundialización permite que los países aprovechen las oportunidades con independencia de su grado de desarrollo. Lo que se deduce claramente de esta afirmación es que el fenómeno de la mundialización podría generar enormes beneficios para todos los países. Efectivamente, los países en desarrollo, especialmente los países africanos, también deben encontrar más margen para crecer y prosperar.

El vínculo beneficioso que existe entre la economía mundial y las repercusiones socioeconómicas para los países en desarrollo consiste a mi juicio en un desarrollo de más amplia base a medio y largo plazo. Como consecuencia, los países en desarrollo, especialmente los africanos, deben en su momento superar sus problemas económicos y sociales en esferas tales como la población, la salud y la educación, así como en el comercio, la inversión y las finanzas.

Sin embargo, la realidad es que los posibles beneficios no llegarán con facilidad y que el fenómeno de la economía mundial acarrea considerables riesgos, frustración y temor. Seguidamente voy a dar más detalles refiriéndome especialmente a África.

Una característica muy importante de la economía mundial en los últimos tiempos es el auge de la corriente de inversiones extranjeras directas. En el Informe sobre el Desarrollo Mundial correspondiente a 1995 se indica que en el decenio de 1990 la tasa de crecimiento de la inversión extranjera directa ha superado con creces la de la producción mundial (producto nacional bruto) y la de las exportaciones mundiales. Evidentemente, esto indica que la inversión extranjera directa desempeña ahora un papel muy crucial en la economía mundial.

Sin embargo, hay considerables pruebas que indican que la corriente mundial de inversiones extranjeras directas no se ha distribuido de manera uniforme. Aparte de su excesiva concentración en el mundo desarrollado, por lo que respecta al mundo en desarrollo la región subsahariana ha sido mayoritariamente pasada por alto. Aunque hay que reconocer que la distribución de la inversión extranjera directa no puede ser igual, en una situación en la que sólo los 10 mayores países en desarrollo representan alrededor de las dos terceras partes del capital total que corresponde a los países en desarrollo en lo que concierne a la inversión extranjera directa —lo que da lugar a la marginación del África subsahariana— los beneficios de la mundialización en lo que concierne a África parecen ser una ilusión. Las estadísticas indican que en 1994 el valor total de la inversión extranjera directa en el África subsahariana fue escasamente de 1.860 millones de dólares, monto equivalente a las corrientes dirigidas sólo hacia Nueva Zelandia.

Otra característica importante de la economía mundial, especialmente en el decenio de 1990, ha sido la intensidad de la competencia, con países que se esforzaban por adelantarse los unos a los otros en el mercado internacional. Esto se dio sobre todo después de la Ronda Uruguay de negociaciones comerciales multilaterales. Hay que reconocer que la Ronda Uruguay constituye un buen ejemplo de éxito de un intento mundial por reestructurar el comercio mundial. Ha sido reconocida como uno de los grandes logros de la comunidad internacional. Dados sus resultados, me atrevo a decir que se han abierto nuevos horizontes para el fomento de nuestro comercio mutuo.

Es pertinente recordar que los beneficios de la Ronda Uruguay no fluirán automáticamente hacia los países y que solamente las economías dinámicas que se ajusten de manera adecuada al nuevo orden se podrán beneficiar.

Lamentablemente, el África subsahariana es una región cuya estructura comercial se caracteriza por una gran dependencia de un número limitado de productos básicos como artículos principales de exportación, con una balanza de pagos deficitaria constante y una creciente deuda externa. Es también una región en la que las perspectivas para la creación del comercio y para una mayor participación en el comercio mundial siguen siendo insuficientes, mientras que los marcos institucionales para la aplicación de los resultados de la Ronda Uruguay siguen siendo débiles y algunas veces son inexistentes.

Sumadas a estas dificultades se encuentran las cuestiones fundamentales de desarrollo, como frenar el rápido crecimiento demográfico, desarrollar las capacidades humanas —sobre todo formar cuadros técnicos suficientes— y mejorar la atención de la salud. En todas estas esferas el África subsahariana se encuentra a la zaga de otras regiones del mundo en desarrollo. Por lo tanto, para el África subsahariana, la sensación de riesgo y de incertidumbre no es infundada. En todo sentido, las perspectivas para África son aterradoras.

Dadas estas características del África subsahariana, cabe preguntarse si los procesos de mundialización e interdependencia serán buenos y por lo tanto propiciarán en última instancia el desarrollo de la región. La respuesta a esa pregunta aún puede ser positiva. Lo digo porque los países africanos todavía se sienten optimistas en cuanto a los beneficios que la mundialización puede generar a largo plazo. Más que nunca, los países africanos, incluida Ghana, han reconocido la necesidad de movilizar los recursos de una forma más efectiva, de fortalecer su desarrollo y de explotar algunas de las muchas oportunidades mundiales para su bienestar. Por lo tanto, casi todos los países del África subsahariana —si no todos— están llevando a cabo programas de ajuste orientados al crecimiento para garantizar su pronta integración en la economía mundial. Los detalles están tan bien documentados que no tengo la intención de abundar más en esto.

Sin embargo, es importante señalar que ha sido una tarea hercúlea mantener el impulso de estos programas, especialmente con el establecimiento de gobiernos democráticos en la mayor parte de África. La opinión pública y las presiones tanto internas como externas tienen el potencial de poner en entredicho o frenar el ritmo de la aplicación de los programas. A pesar de los esfuerzos de los países africanos por mejorar su situación económica persisten los riesgos de marginalización, incluso en esta etapa en que sus programas de recuperación están dando resultados tangibles.

Podemos preguntar: ¿Acaso puede terminar la crisis económica africana? Una vez más, la respuesta es positiva. Si se ven alentados por programas concretos de parte de los socios desarrollados, los esfuerzos africanos ciertamente servirán como factor atenuante suficiente que propiciará el crecimiento económico del continente. En efecto, la modesta recuperación de las economías africanas debería servir como estímulo para una amplia asistencia. Los países del África subsahariana necesitan un impulso importante para complementar sus esfuerzos por revertir el deterioro de sus economías. Ciertamente, existe una razón poderosa para proporcionar programas especiales concretos para África en esferas críticas tales como los recursos para el desarrollo, el comercio internacional y la transferencia de tecnología. Dichos programas optimizarán las ganancias potenciales que deriven de nuestras estrategias de ajuste estructural orientadas hacia el crecimiento. En este contexto, celebramos la iniciativa del Gobierno de los Estados Unidos, a saber, el proyecto de ley sobre el crecimiento y las oportunidades para África.

En todos estos casos, el compromiso de la comunidad internacional de desempeñar plenamente su papel dentro del marco de la cooperación mundial es crítico. Al tiempo que los países africanos se comprometen a aplicar con celo las sólidas políticas económicas necesarias, será igualmente importante que el resto del mundo complemente esos esfuerzos facilitando el acceso sin obstáculos a los mercados y otorgando asistencia financiera adecuada en condiciones apropiadas. De esta forma, nuestros socios en la economía mundial estarán a la altura de su responsabilidad de ayudar a los países africanos que están realizando esfuerzos tremendos por seguir los principios de la orientación del mercado y del fortalecimiento de la democracia bajo todas sus formas.

En cuanto al persistente tema de la deuda africana, cabe señalar que a los países africanos aún les queda mucho por hacer, pese a las estrategias y políticas que ya han puesto en práctica para atender sus obligaciones. Insto a una solución más duradera, entre otras cosas, mediante una mayor reducción y una refinanciación de la deuda. Los países industrializados podrían considerar la posibilidad de cancelar todas las deudas bilaterales oficiales de los países del África subsahariana.

Además, la transferencia neta general de recursos a África debería aumentar. Los indicios apuntan a que, desde hace algún tiempo, la asistencia oficial debería haber aumentado para sostener el desarrollo de África. Un programa de ayuda lo suficientemente generoso para garantizar una adecuada asistencia oficial para el desarrollo de

África contribuirá en gran medida al desarrollo económico sostenible.

En cuanto al comercio internacional, África debe terminar urgentemente con su excesiva dependencia de algunos pocos artículos de exportación. En ese sentido, lo que se requiere es un programa bien centrado que facilite el desarrollo de una actividad exportadora más amplia y diversificada, con mayor valor añadido, que aproveche las crecientes aperturas de mercado que están surgiendo como resultado de la mundialización y la liberalización del comercio mundial.

También me parece oportuno recalcar el importante papel que tiene la innovación tecnológica, que, como todos sabemos, está cambiando seriamente la distribución de la actividad económica y se ha convertido en un factor clave para determinar la capacidad de los países de competir comercialmente. El acceso preferencial y en condiciones concesionarias a la tecnología por parte del África subsahariana ayudará en gran medida a lograr eficiencia en su industria.

Por detrás de todos estos esfuerzos subyace el importante factor del capital humano. También es esta esfera África es deficiente y está muy a la zaga con relación a otras regiones del mundo. Hay que ayudar al África subsahariana a desarrollar capacidades internas adecuadas para la labor en materia de políticas.

Para concluir, diré que actualmente los problemas de desarrollo de África son ingentes y complejos, y que requieren una atención urgente. Expresado de manera simple, el argumento es que, si se ayuda al continente ahora, ello le dará la oportunidad de estabilizar y mejorar las condiciones necesarias para un desarrollo acelerado. Una África dinámica que desempeñe el papel que le corresponde en la economía mundial redundaría en beneficios mutuos para todos los países.

Nunca debemos perder de vista los objetivos y beneficios esenciales de la mundialización y la interdependencia, a saber, la prosperidad y mejores condiciones de vida para las personas pertenecientes a todos los sectores. Debemos ampliar nuestra visión para lograr este objetivo fundamental, con el fin de asegurar un mayor bienestar para todos.

El Presidente: Doy la palabra al Asesor en Jefe del Subsecretario de Relaciones Exteriores de México, Excmo. Sr. Rogelio Martínez Aguilar.

Sr. Martínez Aguilar (México): México saluda la reanudación del diálogo de alto nivel y reitera su compromiso indeclinable en favor de la cooperación internacional para el desarrollo mediante la asociación.

El fenómeno de la globalización, con todas sus aristas, es una realidad que no puede ser ignorada. Un mundo de destinos excluyentes ya no es posible ni deseable. La globalización genera oportunidades que la comunidad internacional deberá aprovechar con creatividad, pero igualmente difunde efectos adversos que requieren respuestas y estrategias oportunas. Para ello, México ha apoyado la adopción de medidas encaminadas a revitalizar la cooperación internacional para el desarrollo y combatir la pobreza. Asimismo, levanta su voz para insistir en la responsabilidad internacional frente a los riesgos y las oportunidades de la integración financiera y comercial mundial.

Son muchas e importantes las voces que se unen en este mismo clamor. Esto es así porque los últimos acontecimientos en la esfera económica internacional plantean claramente el gran reto al que se enfrenta actualmente la comunidad de naciones: en la época de la globalización, la crisis económica se está también mundializando.

La crisis más reciente se originó en Asia y, a pesar de los ingentes esfuerzos de los países afectados y de la cooperación de la comunidad financiera internacional, se ha extendido a otras partes del mundo. Fue una crisis financiera en sus inicios, pero ya afecta severamente el comercio internacional y ha deprimido a niveles históricos los precios de materias primas tan fundamentales como el petróleo, los minerales y los granos básicos. En ominosa síntesis, la inestabilidad y el funcionamiento ineficiente y especulativo de los mercados financieros han desencadenado un proceso recesivo a escala global, que afecta severamente las perspectivas de desarrollo económico de los países en desarrollo.

Lo anterior constituye un urgente llamado a una decidida cooperación internacional para fortalecer la arquitectura económica global. Es urgente que los países desarrollados tomen las medidas necesarias para reactivar el crecimiento de la economía mundial con estabilidad en los mercados financieros. Es claro también que las instituciones de Bretton Woods, en particular el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, deben readecuarse para estar en capacidad de enfrentar de una manera efectiva y oportuna los retos monetarios, financieros y de desarrollo originados en crisis inducidas por los movimientos de capital a gran escala.

Estamos cada vez más convencidos de que a nivel internacional la transparencia y la gobernabilidad de los sistemas monetario, financiero y comercial son de fundamental importancia. Las instituciones internacionales deben corresponder a los esfuerzos de nuestros países con una revisión fundamental de su organización, sus políticas y condicionalidad, sus procedimientos y su capacidad financiera.

México ha tenido que responder con prontitud y firmeza a los enormes desafíos para su política económica que se manifestaron claramente en diciembre de 1994 y desde los primeros meses del año en curso. La estrategia que se siguió en México para enfrentar la emergencia económica de 1995 alcanzó sus objetivos. Gracias al esfuerzo de todos los mexicanos y a la cooperación internacional, fue posible iniciar la recuperación económica justo cuando se había previsto. Sin embargo, nuevamente en el último año factores globalizadores han afectado negativamente a México. La economía mexicana se ha visto sujeta a choques adversos externos, como la volatilidad en los flujos de capital, la declinación aguda de los precios del petróleo y la crisis de Rusia.

No obstante, el Gobierno mexicano ha reafirmado su compromiso de continuar manejando de manera responsable los mecanismos de política económica que garanticen estabilidad y crecimiento. Deben adoptarse medidas a escala global para evitar que la crisis financiera internacional se convierta en una recesión mundial.

En adición a esta urgente y más decisiva acción, es necesario continuar trabajando en las siguientes áreas. Primero, fortalecer la cooperación Norte-Sur y la cooperación Sur-Sur. Segundo, revertir la tendencia a la disminución de la asistencia financiera para el desarrollo y establecer flujos previsible, continuos y seguros. Tercero, asegurar el acceso de los países en desarrollo a los grandes mercados, los flujos de inversión directa y las transferencias tecnológicas. Cuarto, dar soluciones duraderas al problema del endeudamiento externo de los países en desarrollo.

México otorga alta prioridad al examen de alto nivel, integral, amplio y sistemático de la financiación del desarrollo propuesto por la Asamblea General. Nos brindará la oportunidad de asegurar los medios indispensables para impulsar esta cooperación internacional en un marco de solidaridad y corresponsabilidad.

La globalización es una realidad, no un problema o una conspiración. Es la nueva expresión de la interdependencia, en la que todos tenemos responsabilidades y obliga-

ciones. Actuando con audacia, decisión y oportunidad, podremos aprovechar a plenitud los beneficios de la globalización y superar rápidamente sus efectos negativos.

El Presidente: Doy ahora la palabra a la Viceministra de Relaciones Exteriores, Asuntos Económicos y Cooperación Internacional de Egipto, Excma. Sra. Dawlat Hassan.

Sra. Hassan (Egipto) (interpretación del inglés): Sr. Presidente: Es para mí un placer transmitirle las sinceras felicitaciones de mi delegación por haber sido elegido para ocupar la Presidencia de la Asamblea General en su quincuagésimo tercer período de sesiones. Estoy segura de que, bajo su hábil dirección, la labor de la Asamblea se llevará a cabo con éxito.

Deseo también expresar que mi delegación se asocia plenamente a la declaración formulada anteriormente en nombre del Grupo de los 77 y China.

Nuestras reuniones de hoy brindan una excelente oportunidad de intercambiar opiniones y de promover un diálogo fructífero y constructivo que no se base en el enfrentamiento, sino en la responsabilidad compartida y en una asociación auténtica. Esto daría lugar a una cooperación para el desarrollo más significativa.

Aunque no se ha convenido una definición de mundialización, existe un amplio entendimiento en cuanto a que la mundialización, en tanto actividad económica acelerada que atraviesa las fronteras políticas nacionales y halla expresión en el aumento del movimiento de bienes y servicios, no solamente refleja transacciones comerciales sino que afecta a cada uno de los aspectos de la economía, principalmente las corrientes de capital y las inversiones extranjeras directas, las transferencias de tecnología, el empleo, la movilidad laboral e incluso la vida cultural de una nación.

Las fuerzas de este fenómeno han obrado cambios espectaculares en el panorama de la economía a nivel mundial y han dado lugar a amplias oportunidades, así como a graves retos y peligros. Para la mayoría de los países en desarrollo que no compiten para integrar sus economías en la economía mundial la mundialización representa enormes incertidumbres respecto de sus esfuerzos encaminados a lograr el progreso social y económico. Las graves limitaciones de su acceso a los mercados, a las corrientes financieras y a la tecnología han asfixiado su crecimiento económico. Además, los países en desarrollo no están participando en el proceso de adopción de decisiones en materia de economía a nivel internacional, en el que su

participación podría brindarles la posibilidad de remediar su situación. Es necesario invertir esta tendencia.

Para impulsar un nuevo esquema de relaciones, debemos formular un programa que tome en cuenta las inquietudes de ambas partes. Afortunadamente, existe una considerable coherencia en materia de políticas y no hay una divisoria ideológica. El principal elemento que los países en desarrollo necesitamos que se tome en cuenta como factor es la etapa en que se halla nuestro desarrollo y la manera en que podríamos participar de manera más equitativa en la economía mundial a partir de este aspecto. Para gestionar las nuevas realidades, las repercusiones sociales y económicas de la mundialización, nuestra estrategia debe concentrarse en los esfuerzos interrelacionados que se inicien a los niveles nacional e internacional.

Con el fin de ajustarse a las nuevas formas de integración, Egipto, al igual que muchos otros países en desarrollo, ha reconocido que sus impulsos básicos de crecimiento se deben asentar en su economía y que la autosuficiencia y el esfuerzo nacional son elementos imprescindibles en el contexto mundial. Se han adoptado una amplia variedad de políticas en materia de reforma y de ajuste estructural, con frecuencia con un alto costo social. Además de procurar el crecimiento económico, se asigna prioridad a un desarrollo centrado en las personas, en el que se reduzca la pobreza y se aumente el empleo productivo.

Nuestras relaciones futuras deben reflejar el crédito que los países en desarrollo han ganado mediante la prosecución de esas políticas. Con este fin, el mundo desarrollado debe sentar el ejemplo de una verdadera liberalización mediante la facilitación del acceso al mercado en sectores de interés para los países en desarrollo en la esfera de la exportación y en esferas en que estos países posean ventajas competitivas, tales como la agricultura y los productos textiles. Se debe apoyar a los países en desarrollo respecto de nuevas disciplinas en las que han de adquirir competitividad mediante la ampliación del concepto de un sistema de preferencias generalizado. Es necesario resistirse a las exigencias proteccionistas de los que se oponen a la competencia y conservar la letra y el espíritu del multilateralismo. Esto significa evitar el uso de derechos compensatorios y medidas antidumping.

Si bien la liberalización va en aumento, resulta lamentable que sigamos presenciando con perplejidad el hecho de que algunos países recurren al mayor aparato proteccionista jamás creado con el fin de preservar un sector, la agricultura, y de impedir que ésta se vea expuesta a la competencia.

Dada la importancia de las corrientes de capital privado para el desarrollo y la creciente integración de los países en desarrollo en los mercados financieros internacionales, existe la necesidad de dar un nuevo enfoque a la gestión de este sector, especialmente tras las recientes perturbaciones ocurridas en los mercados internacionales financieros y de capitales, que han afectado gravemente a muchos países de Asia y de otras partes del mundo. Es menester adaptar y examinar el sistema monetario y financiero internacional con el fin de aumentar la confianza en el sistema. Como primer paso, necesitamos iniciar un estudio de las causas subyacentes de la crisis a nivel mundial, así como de la mejor manera de establecer salvaguardias para que no vuelva a ocurrir en el futuro.

Los países en desarrollo también están afrontando obstáculos a la posesión de tecnología en momentos en que esta es crucial para su desarrollo y para sus posibilidades de llegar a ser competitivos en el mercado mundial. Estos países son casi exclusivamente compradores de tecnología, y el actual sistema mundial de propiedad intelectual de patentes, marcas comerciales y derechos de autor confiere al mundo industrializado un poder monopólico en los mercados. Es menester que reflexionemos para hallar medios que permitan un acceso fácil a la tecnología con sujeción a condiciones asequibles.

Los cambios en la importancia relativa de los factores de producción, que implican pasar de productos materiales que necesitan mucha mano de obra a productos que necesitan muchos conocimientos han ocasionado una pérdida de la ventaja comparativa para los países en desarrollo. Este cambio ha dado lugar a un aumento del desempleo, con todos sus efectos adversos. Además de adoptar políticas específicas, es fundamental abordar las cuestiones estructurales relativas a las oportunidades de empleo, que ya no pueden abordarse exclusivamente desde el punto de vista de las realidades nacionales.

Cada vez son más vigorosos los imperativos que impelen hacia la adopción de un sistema que pueda hacer frente de manera equitativa a la creciente integración del mundo. Un mundo en el que una cuarta parte de la población es acaudalada y las tres cuartas partes sufren privaciones no ofrece una base duradera para la paz y la seguridad internacionales. Estimular el crecimiento económico en los países en desarrollo, con sus importantes posibilidades en materia de producción y de poder adquisitivo, es ciertamente beneficioso para la economía mundial en general.

Nuestra seguridad colectiva descansa en la creación de conversiones entre las naciones y los pueblos basadas en la lógica de los beneficios mutuos de un sistema económico internacional equilibrado. Debemos estar preparados para asumir responsabilidades, cada cual según sus capacidades, en el contexto de una estrategia mundial que conduzca a un juego de suma positiva entre todos los países, con la vigorosa asistencia de las Naciones Unidas.

Por último, permítaseme expresar mi ferviente esperanza de que nuestro diálogo de hoy se transforme ciertamente en una fuerza multiplicadora en pro de la cooperación para el desarrollo.

El Presidente: Doy ahora la palabra al Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y los Derechos Humanos de Noruega, Sr. Leiv Lunde.

Sr. Lunde (Noruega) (*interpretación del inglés*): Permítaseme ante todo hacer hincapié en lo mucho que aprecio poder participar en este debate. La cuestión de la mundialización y el desarrollo es ciertamente una cuestión de actualidad en la que el diálogo entre el Norte y el Sur es esencial para hacer frente a nuestros retos comunes.

Por consiguiente, tomamos nota con gran interés de la importancia que se asignó a esta cuestión en la cumbre del Movimiento de los Países No Alineados celebrada recientemente en Durbán. En su documento final, los Jefes de Estado y de Gobierno del Movimiento señalan la ambigüedad de los procesos de mundialización y de liberalización y observan que, en tanto que se esperaba que esas tendencias condujesen a un aumento de las oportunidades económicas, para las economías en desarrollo un gran número de países en desarrollo siguen estando marginados y por ende imposibilitados de compartir los beneficios de la economía mundial.

A mi entender, está claro que hasta la fecha los mayores beneficios de la mundialización los ha recibido una pequeña minoría, en tanto que muchos están en peores condiciones que antes. La brecha entre los que viven en la riqueza y los que sufren las penurias de la pobreza se va ampliando, tanto dentro de las naciones como entre ellas. La suposición de que la mundialización era un proceso que beneficiaría a todos ha resultado totalmente falsa.

Tras la crisis financiera de Asia hemos visto que el desempleo ha aumentado, los niveles de vida han bajado drásticamente y las expectativas de una vida mejor han quedado destrozadas, no sólo en Asia sino en el mundo entero. La crisis asiática ilustra con claridad que el poder

económico se ha trasladado de los gobiernos nacionales a los mercados de valores y otros agentes cuya responsabilidad por el bien común es escasa o, al menos, está poco clara.

La disminución de la trascendencia de las fronteras nacionales también constituye un reto para las identidades, las tradiciones y las culturas nacionales. Para muchos, el proceso de mundialización ha conducido a una reducción de la diversidad cultural y a un aumento de la desigualdad económica, en lugar de haber conducido a un aumento de la diversidad cultural y a una reducción de la desigualdad económica, que era lo que se esperaba.

Muchas de las amenazas que pesan sobre nosotros han llegado a ser verdaderamente de carácter mundial. Las crisis financieras, el deterioro del medio ambiente, la propagación de las enfermedades, los conflictos violentos, la delincuencia organizada y el terrorismo nos afectan a todos, independientemente del lugar en que vivamos en este planeta que es cada vez más pequeño. Para contrarrestar dichas amenazas, algunos prescriben la receta del proteccionismo y el aislamiento. Pero, ¿acaso es esta realmente una alternativa factible en un mundo en el que las ideas y las transacciones financieras dan la vuelta al mundo en segundos, en el que la ayuda sólo está a disposición de los que tienen algo que aportar al mercado mundial, y en el que muchos de los retos que encaramos son de tal magnitud que ningún país, ni siquiera el más poderoso, puede enfrentarlos solo?

Mi Gobierno cree que no es así. No hay forma de volver al mundo del ayer en el que el comercio, los viajes y los intercambios transfronterizos eran mucho más limitados. El proceso de la mundialización económica, cultural y tecnológica no es reversible.

Pero el proceso de la mundialización puede y debe administrarse. Mejorar la gestión de las fuerzas de la mundialización tanto a nivel nacional como a nivel internacional es lo único que podemos hacer para aumentar al máximo los efectos positivos de un mundo integrado y reducir al mínimo sus aspectos negativos.

A nivel nacional, debemos invertir tanto en recursos humanos como en infraestructura física y promover el buen gobierno, la democracia y los derechos humanos. Las perspectivas del próximo siglo dependen fundamentalmente de nuestra voluntad y capacidad de hacer las inversiones de largo plazo necesarias en la esfera social, sobre todo en lo relativo a la salud y a la educación. La base de las inversiones debe ser amplia. El potencial creativo de la sociedad

podrá realizarse plenamente sólo si en el proceso de desarrollo participamos todos.

Las fuerzas de la mundialización se contraponen a la soberanía de los Estados independientes, pero jamás harán que estos se vuelvan innecesarios, muy por el contrario. El mercado tiene un importante papel que desempeñar en la tarea de asignar los recursos con la mayor eficacia posible, con el fin de aumentar los fondos disponibles para las obras sociales y ambientales. Pero esos recursos de ninguna manera se dirigen automáticamente a satisfacer esas necesidades comunes ni a prestar servicios a los grupos más vulnerables de la sociedad. Por lo tanto, es necesario que se apliquen políticas gubernamentales firmes a fin de asegurar que dichos recursos se destinen a satisfacer las necesidades de los pueblos de los que son responsables los gobiernos.

En el plano internacional, no cabe otra posibilidad más que fortalecer el multilateralismo. Debemos seguir mejorando los procedimientos de toma de decisiones a nivel internacional. Debemos crear un orden mundial basado en el derecho y el contrato, en el que la solidaridad y la responsabilidad social no se restrinjan a las fronteras nacionales, sino que las crucen y abarquen todos los continentes.

Noruega, que tiene una de las economías más abiertas del mundo, se ha beneficiado mucho con el desarrollo de una economía mundial. Pero también hemos visto cómo fuerzas externas y anónimas han ayudado a hacer desaparecer puestos de trabajo de la noche a la mañana y a destrozarse sueños y esperanzas. Ello ha hecho que se generara en mi país un importante debate político sobre la forma de administrar la mundialización en pro del bien común. En los próximos meses mi Gobierno organizará reuniones nacionales e internacionales a fin de aumentar nuestro conocimiento general acerca de las características y los retos de la mundialización. Debemos asegurarnos de que la mundialización sirva a nuestros intereses y no se convierta en nuestro amo.

Uno de los peligros más graves de la mundialización es la marginación cada vez mayor de los países menos adelantados. Muchas de las naciones más pobres del mundo no pueden aprovechar los beneficios de la economía mundial. Esos países reciben una inversión extranjera mínima y carecen de un sector privado dinámico como elemento esencial para el desarrollo y la creación de empleos. Además, a menudo se ven privados de los beneficios que dimanarían del aumento de las ganancias provenientes de las exportaciones debido a la pesada carga de la deuda y a los mercados cerrados de los países occidentales.

Aunque en lo que se refiere al desarrollo la responsabilidad primordial incumbe al gobierno de cada país, que debe garantizar la estabilidad política y la aplicación de políticas macroeconómicas de base sólida, la comunidad internacional tiene la obligación de ayudar. No podemos permitirnos permanecer de nuevo al margen y observar cómo los más débiles van quedando atrás.

Es un hecho deplorable que los países industrializados vayan alejándose cada vez más de la meta acordada en las Naciones Unidas de asignar el 0,7% del producto nacional bruto a la promoción del desarrollo. Noruega no va alejándose sino que, por el contrario, tenemos planes de aumentar aún más nuestra asistencia oficial para el desarrollo, que ya está muy por encima de la meta fijada en las Naciones Unidas.

Opinamos que los planes internacionales de mitigación de la deuda externa deben mejorarse, como ya lo han subrayado hoy muchos otros oradores, y estamos haciendo nuestra parte a través de un plan nacional de mitigación de la deuda recién iniciado que tiene el propósito de ayudar mejor a los países pobres muy endeudados. Además, estamos completando una estrategia para la expansión del sector privado en los países en desarrollo. Pero, ante todo, estamos buscando activamente contrarrestar la fatiga de los donantes, que se ha generalizado y va en aumento, y estamos procurando que las organizaciones multilaterales se vuelvan más sensibles a las necesidades y las aspiraciones del mundo en desarrollo.

En la reunión en la cumbre del Movimiento No Alineado celebrada en Durbán, los Jefes de Estado y de Gobierno reiteraron que no hay alternativa al diálogo constructivo entre los países desarrollados y los países en desarrollo si queremos cosechar los beneficios de la mundialización y al mismo tiempo encarar sus retos con eficacia. Las Naciones Unidas son un importante foro para hacer frente a los desafíos de la mundialización. Nos pertenecen a todos. Son únicas e imprescindibles. Son la fuente de nuestra esperanza en un mundo mejor. Apoyémoslas, hagámoslas más eficientes y convirtámoslas en el eje de nuestros esfuerzos a fin de obtener lo mejor del proceso de mundialización, especialmente para aquellos que más lo necesitan.

El Presidente: Doy ahora la palabra a la Presidenta del Organismo Canadiense de Desarrollo Internacional, Sra. Huguette Labelle.

Sra. Labelle (Canadá) (interpretación del inglés): Es para mí un gran placer estar aquí hoy en representación de mi país, el Canadá. Creo que esta reunión nos brinda a

todos una oportunidad muy valiosa y oportuna de comprender mejor este fenómeno generalizado llamado mundialización. Espero con interés lo que estoy segura será un intercambio constructivo y franco sobre la manera en que la mundialización está reconfigurando a toda la comunidad internacional.

No cabe duda de que la mundialización es el fenómeno socioeconómico más importante de esta generación. Cada día que pasa, el comercio, la tecnología y la era de la información erosionan las fronteras nacionales y transforman nuestro planeta en una inmensa metrópolis en la que todas las partes están conectadas a través de la Internet, el fax y muchos otros medios. Los efectos han sido profundos. Esta mañana muchos los describieron vívidamente. Han afectado todas las esferas de nuestra vida: la economía, el transporte, el gobierno, los medios de difusión, la cultura, incluso las amistades personales y la vida familiar.

También sabemos que el poder mundial está ahora más disperso que en el pasado y que la mundialización se refleja en la generalización del consumismo y en una creciente homogeneización de ciertos aspectos de nuestra vida. Sin embargo, a pesar de toda esta uniformidad —y a pesar de la inmensa riqueza generada por la mundialización— también hemos visto y oído que se caracteriza por profundas contradicciones.

Es cierto que la mundialización ha beneficiado enormemente a varios países. Pero también es cierto que muchos otros han quedado marginados. Así, aunque el mundo se ha vuelto más pequeño, no por ello se ha vuelto más equitativo ni necesariamente seguro en las esferas económica y social. Lo comprobamos especialmente en los últimos meses del año pasado y en este año.

Además, ha quedado claramente demostrado con estos acontecimientos que incluso los que se han beneficiado también han padecido las consecuencias negativas de una mundialización muy rápida, y el costo ha sido grave. Esperamos que, habida cuenta de que esos países han trabajado tan bien y tan denodadamente en los últimos decenios, no haya una regresión tan importante ni difícil de revertir rápidamente.

Al hacer frente a estas contradicciones debemos tener plena conciencia de otro cambio forjado por la mundialización, a saber, la diferencia en el poder y la importancia del estado-nación, y su capacidad, obviamente disminuida, de cambiar y guiar el curso de los acontecimientos humanos. Por consiguiente, en el mundo actual existe una mayor posibilidad de establecer, con todas esas innumerables

transacciones, una interrelación muy diferente, una cooperación muy diferente y un apoyo muy diferente.

Esta mañana hemos escuchado observaciones acerca de la importancia de poder reducir al mínimo los aspectos negativos de la mundialización y de aumentar al máximo los beneficios para todos. Se han planteado muchas cuestiones importantes que con seguridad examinaremos en los próximos dos días. Quiero también plantear otras cuestiones que estimo están estrechamente relacionadas con muchas de las ya planteadas.

Ante todo, se habla cada vez más de la necesidad de protegernos contra la volatilidad de los mercados financieros mediante, entre otras cosas, el aumento de la cooperación para abordar rápidamente las crisis cuando se presentan y el mejoramiento de los mecanismos de supervisión existentes. Imbuido de ese espíritu, en las reuniones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) celebradas en la primavera, el Ministro de Economía del Canadá, Paul Martin, sugirió que examináramos conjuntamente la posibilidad de establecer un mecanismo de supervisión a cargo de pares, en estrecha colaboración con el Banco Mundial y el FMI, a fin de mejorar la supervisión de los sectores financieros de todos nuestros países. Un grupo de trabajo del Grupo de los 22 se reunirá la semana próxima y presentará un informe a la reunión que el Banco Mundial y el FMI celebrarán a comienzos de octubre.

Otra cuestión que ha prevalecido es la necesidad de seguir abordando más enérgicamente la *troika* de la pobreza, el deterioro del medio ambiente y el crecimiento demográfico, y en ese sentido debemos utilizar todas las oportunidades, incluso esta reunión y el período de sesiones en curso de la Asamblea General, para renovar nuestro compromiso con los objetivos que se han venido planteando en las cumbres de las Naciones Unidas celebradas en los últimos años. Sin lugar a dudas, el elemento central en este sentido es la reducción de la pobreza y el mejoramiento de la calidad de vida para todos mediante la creación de la infraestructura social y física que todos los países necesitan.

Una tercera cuestión que ha surgido es que los propios países en desarrollo han venido trabajando denodadamente en la creación de un entorno propicio para que las inversiones lleguen a sus países. Sabemos que la corriente de inversiones ha sido desigual y volátil. No obstante, muchos países, si no todos, han tratado en diversa medida de crear ese entorno propicio y también han tratado de fortalecer la aplicación del estado de derecho. El Canadá seguirá apoyando a esos países en sus esfuerzos y espera poder aumentar ese apoyo en ese sector.

Por último, la cuestión de la deuda sigue acechando a muchos de los países más pobres. En 1989, el Canadá condonó la deuda por préstamos al África subsahariana y a algunos de los países más pobres de América Latina. Por consiguiente, estimamos que estamos en condiciones de apoyar la aplicación de la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados, y seguimos estando convencidos de que juntos podemos seguir mejorando este mecanismo a fin de abordar algunas de las muchas cuestiones que se han planteado, ya se trate de la celeridad en la aplicación o de otros aspectos.

Creo que al tratar la cuestión de la deuda debemos tener mucha cautela al buscar recursos financieros que no sean públicos —aunque creo que estos son importantes para tratar de desarrollar la infraestructura física de los países, de modo de no crear en el próximo decenio una nueva corriente de deuda que vuelva a atormentarnos. Por lo tanto, me siento muy optimista acerca de la financiación mixta de los sectores público y privado, tanto bilateral como multilateral, pero creo que debemos ser cautelosos acerca de la forma en que se lleva a cabo.

Creo que un aspecto que ha surgido claramente en los últimos años es la importancia de que todos los países trabajen conjuntamente y de que los países en desarrollo ocupen un lugar central en su desarrollo. Por consiguiente, debemos seguir teniendo presente este hecho y debemos seguir encontrando nuevos enfoques para trabajar juntos respetando plenamente ese importante concepto.

El futuro tal vez sea imposible de predecir, pero no está preestablecido. Albergamos la esperanza de que el nuevo milenio sea un milenio de humanismo y de que en él las Naciones Unidas desempeñen una función vital para configurar ese futuro.

El Presidente: Doy la palabra al Ministro de Salud Pública de Cuba, Sr. Carlos Dotres Martínez.

Sr. Dotres Martínez (Cuba): Sr. Presidente: Permítame felicitarlo con motivo de su reciente elección como Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas en su quincuagésimo tercer período de sesiones y desearle éxitos en su labor. Asimismo, permítame asociarme con la intervención del Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Indonesia, Sr. Ali Alatas, Presidente del Grupo de los 77 y China.

A nadie escapa que la mundialización es un hecho objetivo. A nadie escapa que, como lo definiera hace tan sólo pocos días el Movimiento de los Países No Alineados

en su conferencia cumbre, el proceso en que ahora está enfrascado el mundo contiene implícitamente oportunidades pero, sobre todo, provoca efectos económicos y sociales adversos que se añaden a las dificultades de la vida diaria en los países del Sur.

Definía con acierto la Declaración de Durbán para un Nuevo Milenio que debemos cuidarnos ante las formas de globalización que imponen soluciones que dejan de lado los elementos históricos, culturales y psicológicos propios de las economías nacionales y locales. Y continuaba alertando que la globalización no lo puede arrastrar todo ante sí, que no debe entrañar la uniformidad y que sus efectos deben ser canalizados no sólo por las naciones grandes y poderosas, sino por los representantes de la mayoría de la humanidad.

Algunos aducen, y no puede negarse, que los procesos mundializadores acarrearán la prosperidad en algunos entornos y promovieron determinados niveles de riqueza, propiciando, al propio tiempo, un crecimiento de las economías en algunos países seleccionados. Pero tampoco puede negarse que el mismo proceso, al hacer la economía de todos los Estados y regiones más interdependiente, ha provocado que los efectos de ciertas crisis regionales crezcan en espiral y ya amenacen incluso a las economías más florecientes.

La mundialización de la información y la difusión de los conocimientos realizan aportes, pero no están exentas de peligros y desafíos, pues imponen patrones unificadores que pretenden normar el comportamiento de naciones enteras al tenor de determinadas ideologías y modelos que las economías poderosas estiman paradigmáticos.

Pero el elemento más peligroso de los procesos globalizadores actuales radica en su selectividad. Contribuyen a determinadas economías, pero gran parte del mundo sigue sumido en la miseria más abyecta y en nada o en poco se beneficia del incremento en los intercambios y en los florecientes mercados de que tanto hablan los apologistas del neoliberalismo.

Ejemplo típico lo tenemos en África, muchos de cuyos países están ausentes de las corrientes de crecimiento de que se benefician otras zonas; esa África ausente de los intereses mundiales y a la que sólo se da vigencia, por la vía de la denominada ayuda humanitaria, cuando en ella estallan guerras fratricidas o grandes hambrunas o sequías cíclicas.

Ahora bien, no sólo África. Veamos las demás regiones del tercer mundo, donde aparentemente el progreso se ha entronizado en muchas sociedades en el plano esta-

dístico. Los índices de crecimiento económico son elevados, pero hay enormes segmentos poblacionales donde la vida por debajo de los niveles de la pobreza es fenómeno cotidiano.

Percibimos hoy, diariamente, una creciente sensación de incertidumbre y de frustración al ver a la humanidad impotente para controlar su propia vida y la del entorno en el que obligatoriamente debe vivir. Así, la disparidad Norte-Sur en materia de desarrollo muestra en la década de 1990 diferencias impactantes, siempre en detrimento del Sur, como son las siguientes: 11,7 años en esperanza de vida al nacer, 25% en consumo calórico per cápita, 61 por cada 1.000 nacidos vivos en tasa de mortalidad infantil, 32% en población con acceso al agua potable, 72 científicos y técnicos por cada 1.000 habitantes.

En el Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1997, resaltan datos como que 507 millones de personas no sobrevivirán a los 40 años, 800 millones carecen de acceso a los servicios de salud y 17 millones mueren todos los años de enfermedades contagiosas y parasitarias curables, como la diarrea, el paludismo y la tuberculosis. De los 23 millones de personas contagiadas con el SIDA en el mundo, más del 90% viven en países en desarrollo. En el África al sur del Sáhara, 65 millones de hectáreas de tierras productivas se han hecho desérticas en los últimos 50 años.

Específicamente debido a la carrera armamentista, la paz y la estabilidad del mundo se han mundializado también, y los monstruosos gastos militares no dejan de constituir crímenes por omisión contra el desarrollo y la salud del hombre. Si ponemos un ejemplo, con el costo de un portaaviones nuclear se podrían adquirir de 3.500 a 4.000 equipos de resonancia magnética nuclear para el diagnóstico, o 20.000 bombas de cobalto para tratar el cáncer. En muchos sentidos, el mundo atraviesa la actual era de la globalización sin una meta clara y sin conocer el terreno.

Otro aspecto importante para los países en desarrollo lo constituyen las guerras no declaradas y sustentadas por un injusto orden económico y político, capaces de desestabilizar y arruinar a un país. Un claro ejemplo de este tipo de conflicto es el bloqueo de los Estados Unidos contra Cuba, que ya se extiende por casi 40 años. Sólo es necesario citar los miles de millones de dólares en que ha afectado a la economía cubana.

Por último, ante las realidades que hemos expuesto, sólo tenemos dos opciones para enfrentarlas en el tercer milenio: o continuamos con la ética animal que nos llevaría

inexorablemente al suicidio colectivo, o adoptamos la ética humana como único medio de salvar nuestra civilización.

Es por ello que sentenció el Presidente cubano Fidel Castro en su reciente conferencia magistral en la Universidad Autónoma de Santo Domingo:

“El mundo no podría salvarse por el camino que lleva. No habría, a mi juicio, la menor posibilidad de supervivencia de la especie; tampoco habrá posibilidad de supervivencia de esa globalización y de ese nuevo orden que están estableciendo, porque las masas estallan, porque los pueblos estallan, porque la humanidad estalla.”

Y terminaba anunciando la importante reunión que eminentes economistas de América Latina y del mundo celebrarán sobre globalización y neoliberalismo el próximo enero en La Habana. En ella, sentenciamos al igual que lo hiciera nuestro Presidente, llegaremos a la conclusión de que la cuestión no es la lucha contra la globalización como fenómeno inexorable. Es la lucha, es la colaboración, es la reflexión y es la acción por una mundialización humana y una mundialización justa.

El Presidente: Doy la palabra al representante de los Países Bajos.

Sr. Ramaker (Países Bajos) (*interpretación del inglés*): Sr. Presidente: La próxima semana el Ministro de Relaciones Exteriores de los Países Bajos, Sr. Jozijs van Aartsen, tendrá la oportunidad de felicitarlo en nombre del Gobierno de los Países Bajos por haber asumido este importante cargo.

Hoy deseo compartir con ustedes algunas ideas de la recientemente nombrada Ministra de Cooperación para el Desarrollo, de los Países Bajos, Sra. Eveline Herfkens. La Sra. Eveline Herfkens estaba muy interesada en asistir a esta reunión y lamenta mucho no haber podido unirse hoy a nosotros. En estos momentos el Gobierno está debatiendo en el Parlamento sus planes para el próximo año y su presencia en La Haya es indispensable. No obstante, la Sra. Herfkens estará con nosotros durante el debate general que se celebrará próximamente en la Segunda Comisión.

A pesar de eso, ella quería contribuir al debate de hoy de una manera personal y ha incluido sus opiniones sobre el tema en la siguiente declaración. Con el permiso de la Presidencia, deseo dar lectura a su declaración para que conste en las actas de esta sesión:

“Quiero compartir dos observaciones con la Asamblea. En primer lugar, deseo hacer una firme defensa del multilateralismo. Para muchas naciones y a lo largo de varios decenios el multilateralismo ha sido un artículo de fe, un objetivo político independiente por sí mismo. En la actualidad, la cooperación multilateral está sometida a presión. En lugar de ser un objetivo político por derecho propio, se ha convertido en uno de los numerosos instrumentos de política, un instrumento que se utiliza cuando es favorable a los intereses nacionales. Los países prefieren que la cooperación sea específica y en la medida en que convenga a sus necesidades. Se clasifica a las organizaciones internacionales según los beneficios que tienen para ofrecer o los servicios que pueden proporcionar. Yo llamo a esa actitud una ‘mentalidad comercial’ en cuanto a la cooperación multilateral.

Esa clase de cinismo no encaja muy bien con el pueblo que represento. Gracias a su situación geográfica, los Países Bajos han sido tradicionalmente una nación de navegantes, una nación de comerciantes. Además de haber pasado a ocupar el octavo lugar entre las naciones del mundo en materia de comercio, nos hemos convertido en un pueblo con visión hacia el exterior, con orientación internacional. Tenemos un fuerte compromiso con el multilateralismo. Somos probablemente uno de los pocos países cuya Constitución ha otorgado una categoría especial a las organizaciones internacionales.

Sin embargo, para nosotros esta no es tan sólo una cuestión de principio. También somos pragmáticos. También estamos a favor del multilateralismo por razones de necesidad. En un mundo en proceso de globalización las personas se enfrentan con problemas que nadie puede abordar por sí solo, ni siquiera las naciones más poderosas. Nosotros, en los Países Bajos, tratamos de promover las instituciones de cooperación mundial, teniendo en su centro al sistema de las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas y sus organismos especializados, las instituciones de Bretton Woods y, más recientemente, la Organización Mundial del Comercio, han demostrado ser un marco viable para propiciar la cooperación. Aunadamente abarcan toda la gama de las actividades humanas.

Sin embargo, estas instituciones no bastan por sí mismas. Debemos mejorarlas, debemos mejorar su rendimiento. Las Naciones Unidas deben adaptarse constantemente a un mundo que cambia constantemente. Los organismos ya no deben pensar en función

de sus propios cotos privados y ser regidos por las envidias de los donantes. El Banco Mundial, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, por nombrar algunos de los actores principales, deberían aunar sus fuerzas sin reservas. Hago un llamamiento para que se aprovechen las ventajas comparativas de cada organización a favor de políticas coherentes. También insto a que se haga un seguimiento sistemático de las reuniones en la cumbre de las Naciones Unidas. Asimismo, hago un llamamiento en pro de una mejor coordinación a nivel interno, entre los responsables que están en las capitales. Y también hago un llamamiento para que haya más recursos.

Esto me lleva a mi segundo comentario, que es una apología de la cooperación multilateral para el desarrollo. En efecto, el programa de desarrollo reside en el corazón de las Naciones Unidas. Sin embargo, a pesar de las intenciones declaradas, la asistencia mundial oficial para el desarrollo apenas alcanza el 0,21% del producto nacional bruto. Sólo un puñado de países donantes, incluido el mío, los Países Bajos, rebasan el 0,7%. A pesar de las promesas, en los últimos años las contribuciones a los fondos y programas de las Naciones Unidas han acusado un descenso paulatino.

Nosotros, los Estados Miembros, especialmente los más pudientes, debemos dar nueva vida a la cooperación multilateral. La financiación debe ser segura y predecible. Las cargas de los donantes deben ser compartidas por otras naciones, por Estados recientemente industrializados y por Estados que cuentan con ingresos masivos procedentes del petróleo. La capacidad de dar debe ser el principio rector. En cuanto a nosotros, los Países Bajos, en los años venideros vamos a ampliar la asistencia multilateral.

Sin embargo, la asistencia multilateral para el desarrollo no se refiere tan sólo al dinero, sino también al potencial. En un lapso de aproximadamente cinco años los países en desarrollo, en su conjunto, han gastado más en intereses y en pago de la deuda de lo que han recibido colectivamente bajo la forma de asistencia bilateral. Esas son cifras reveladoras. Si todos los organismos internacionales realmente aunan sus esfuerzos, posiblemente tendrían un impacto mayor en el bienestar general de los receptores del que tienen por separado los programas nacionales de asistencia que ofrecen los países donantes a título individual.

Eso no basta. Además, quedan por lo menos dos tareas principales como corolario a la asistencia multilateral. Primero, los que podemos debemos velar por que todos los países en desarrollo, sobre todo los

pobres, puedan participar, en pie de igualdad, en el proceso de integración mundial. Al hacerlo debemos alentar a los organismos de las Naciones Unidas, las instituciones financieras internacionales y la Organización Mundial del Comercio para que conviertan esto en una realidad.

Segundo, nuestro desarrollo debe ser sostenible, y no solamente desde el punto de vista de la ecología, como parece ser la moda, sino sostenible en un sentido más amplio. Debe ser un desarrollo que abarque las necesidades humanas básicas, que respete los derechos humanos, que fomente las capacidades humanas, que sea socialmente responsable y que no hipoteque las opciones de las generaciones futuras. Naturalmente, eso significa exigirle mucho a la cooperación multilateral para el desarrollo. Pero, nadie ha dicho que sería fácil. Si finalmente podemos lograrlo, la cooperación multilateral podrá colmar la brecha entre los que son cada vez más ricos y los eternamente pobres. Y esto, en realidad, es el meollo de este diálogo de alto nivel.”

Se levanta la sesión a las 13.05 horas.